

PROLETARIOS INTERNACIONALISTAS

**CRÍTICA DE LA IDEOLOGÍA
INSURRECCIONALISTA**



EDICIONES COMUNIDAD DE LUCHA

Crítica de la ideología insurreccionalista
Proletarios Internacionalistas
<http://www.proletariosinternacionalistas.org>
info@proletariosinternacionalistas.org

Ediciones Comunidad de Lucha

Primera edición en castellano, junio de 2012

Segunda edición en castellano, febrero de 2016

Ningún derecho. Se alienta la reproducción de este libro, a través de los medios que se estimen oportunos.

ÍNDICE

Presentación a la segunda edición en castellano	7
Introducción	17
I. Un nuevo escenario, un nuevo sujeto y una nueva metodología	29
II. Negación de las tareas de los revolucionarios	71
III. La insurrección caricaturizada	95
IV. El insurreccionalismo contra la organización de la lucha	125
V. A modo de epílogo	159
Apéndices	171
I. Aclaraciones complementarias	173
II. Crítica revolucionaria <i>vs.</i> sectarismo dogmático	181

Presentación a la segunda edición en castellano

Han transcurrido más de tres años desde que editamos la primera edición de este libro. Pese a que las posiciones defendidas en el mismo, y evidentemente nuestras posiciones en general, siguen siendo hoy totalmente minoritarias y defendidas a contracorriente, hemos podido centralizar en torno a esta obra toda una serie de discusiones y profundizaciones programáticas entre compañeros de diversas partes del mundo que consideramos fundamentales. Toda esta actividad ha servido ante todo para poner en el centro de la polémica las tareas de la revolución social y la necesidad vital de asumirlas juntos. Algo sin duda a remarcar en esta época que vivimos donde sigue dominando la delegación, el individualismo y el espectáculo. Como parte y resultado de todo este proceso, el libro se ha editado en varios lugares del mundo, se ha terminado recientemente la edición francesa, se encuentran en plena elaboración la edición inglesa y la alemana, y hay perspectivas de nuevas traducciones y ediciones.

Por supuesto, la importancia de subrayar todo esto no es otra que impulsar esa dinámica que aporta oxígeno y vida a nuestra comunidad de lucha frente a la muerte cotidiana que reproduce esta sociedad. Es un llamado a asumir los materiales de nuestra

clase como parte inseparable de la praxis revolucionaria, una denuncia al consumismo que convierte a estos materiales en mercancía destruyéndolos como expresión de nuestra comunidad de lucha, una reivindicación a tomar la iniciativa y romper con el rol del mero lector-espectador.

En cuanto al contenido específico del libro, las diferentes discusiones desarrolladas han ido generando aportes, apreciaciones y críticas. Como siempre hemos defendido, todos los textos de nuestra clase son borradores inacabados, que se van profundizando, mejorando, y asumiendo en la misma lucha y discusión compañera. En consecuencia, siempre que reeditamos alguno de nuestros materiales, o cuando lo editamos en un nuevo idioma, no perdemos la oportunidad de incorporar aportes cualitativos allí donde la discusión los ha generado, ya sea en el mismo texto o en forma de notas, anexos o nuevas presentaciones. En el mismo proceso de publicación de este libro ya se generaron discusiones con compañeros a los que hicimos llegar el borrador del mismo. Algunas generaron críticas y aportes que fueron incluidos directamente en el texto en su primera edición. Otras, con las que estábamos en desacuerdo, decidimos que era necesario responderlas en el mismo libro, ya que percibíamos que iban a reproducirse. De ahí la decisión de incorporar desde esa prime-

ra edición dos apéndices finales con ciertas aclaraciones. En este sentido, no nos ha extrañado que las críticas que más se han ido repitiendo desde ciertos ámbitos que se reivindican del insurreccionalismo, en su gran mayoría verbalmente¹, estén ya contempladas en dichos apéndices. Insistimos por ello en la importancia que le damos a los mismos y emplazamos a su lectura.

Por su puesto han existido también toda una serie de reacciones que impiden la discusión al centrar el foco en aspectos totalmente secundarios. Un tono demasiado severo, un uso totalmente a contracorriente de algunas categorías como clase, socialdemocracia o ideología, resultan suficientes para desestimar toda crítica. Ese es el nivel de entendimiento que se da hoy entre muchos proletarios en lucha. No han sido pocos los que han manifestado no haber abierto el libro ya que «el insurreccionalismo no sería una ideología», o no haber pasado las primeras páginas por decir que «la lógica de conjunto de todas las concepciones insurreccionalistas parten de las ideas de ese partido de la contrarrevolución que es la so-

¹ Recientemente se ha editado un libro en castellano, *Cuando se señala la luna*, que trata de defender al «insurreccionalismo» frente a las «falsas críticas» entre las que nos incluyen los autores. Decidimos realizar una respuesta que difundimos entre algunos compañeros y que está disponible en nuestra web.

cialdemocracia para comprender el mundo de la mercancía, y sobre todo para comprender su destrucción», o rechazar de lleno toda crítica que se realice en un lenguaje militante que ellos tildan de «marxista». La sorpresa, o no tanto, es que al discutir con muchos de estos compañeros descubrimos que no había una preocupación por comprender el contenido de la crítica, sino que bastaba con señalar aspectos terminológicos para rechazarla.

La ideología, justamente, ha sido la gran barrera para profundizar en la discusión con algunos de esos compañeros. Para nosotros, nunca se trató de criticar una ideología para oponerle otra, sino de la defensa de las posiciones revolucionarias en la lucha a muerte contra el capital y el Estado. La discusión militante sólo puede darse sobre esa base, no encerrada en tal familia ideológica o ubicando dentro de otra todo lo que suene diferente.

Una vez más, repetimos que no se trata de un debate al interior del anarquismo, ni mucho menos una crítica marxista (o de alguna de sus múltiples familias ideológicas -leninista, trotskista, bordiguista...) a una expresión del anarquismo. Es una discusión al interior del proletariado, de nuestra comunidad de lucha, para superar las debilidades que portamos. Cuando hablamos de anarquía o comunismo no hablamos de ideologías, estamos hablando del movi-

miento real de lucha contra el capital y el Estado, de la destrucción de esta sociedad, así como también del resultado de dicha destrucción.

Hay una incompreensión total de lo que significa ideología, incluso entre muchos de los que dicen rechazarla. Para los revolucionarios la lucha contra la ideología, como falsa concepción de la realidad, es una cuestión fundamental. La ideología no es, como nos quieren hacer creer, una serie de ideas, o una teoría, la ideología es la transformación de un conjunto de ideas en fuerza material que sustituye la verdadera percepción humana y trastoca su práctica. El ser humano ideologizado, en lugar de percibir directamente la realidad, la interpreta por medio de la ideología particular que le domina. En lugar de utilizar los criterios de la praxis para comprender el mundo, utiliza ideas aisladas. En el mundo real es la propia actividad real la que determina las ideas, en el ideológico son las ideas las que quieren determinar la realidad. Esa es la esencia de la ideología.

No es otro nuestro criterio para definir y criticar la ideología insurreccionalista. Cuando la realidad material exige al proletariado la cristalización de estructuras permanentes y formales, y en lugar de captar esa realidad y materializar esa necesidad, se la niega en base a «la idea» de que todo lo formal y permanente contiene el peligro inminente de la con-

trarrevolución, del que lo informal y circunstancial estaría exento; cuando toda una serie de tareas determinadas por la revolución son desechadas y ridiculizadas pues «la idea» dice que se trata de hacer esto y lo otro a pesar de la eminente realidad; cuando la existencia terrenal del proletariado y la burguesía es omitida porque no puede ser abordada desde el marco conceptual de «la idea»; cuando se parte no del sujeto colectivo, sino del individuo autónomo y sus ideas -y se quiere hacer creer que este individuo existió siempre-, cuando a la insurrección se le despoja de sus principales características, cuando todo es comprendido por la mediación de «la idea»... estamos en el terreno de la ideología, donde «la idea» acaba dirigiendo toda la práctica. Éstas y otras cuestiones particulares, que son desarrolladas en nuestro texto, conforman la ideología insurreccionalista que desplaza las necesidades reales de la revolución por criterios ideológicos que algunos confunden con tácticas o métodos. El rechazo y contraposición que se hace respecto a ciertas necesidades de la lucha es destructivo para la revolución. Claro que como decimos en el epílogo no podemos olvidar que:

«Esto no significa, y no nos cansaremos de repetirlo, que muchos de los proletarios que se reivindicán de tal ideología, como algunos compañeros que se autodenominan insurrec-

cionalistas, en realidad no estén luchando a nuestro lado, codo con codo, asumiendo la lucha por la abolición del capitalismo. Porque como decíamos durante el texto «no es lo que dicen, sino lo que hacen», porque muchos de esos proletarios realizan, en su propia práctica, una ruptura con las concepciones de la ideología que dicen defender. Así, por ejemplo, muchos compañeros que se reivindican del insurreccionalismo participan en el impulso de estructuras que nada tienen que ver con el informalismo, otros son un factor importante en la reivindicación del proletariado como sujeto histórico de la revolución, otros asumen una diversidad de tareas que desborda el marco especializado del insurreccionalismo... Es decir, esos compañeros, todavía bajo la etiqueta insurreccionalista, están ya realizando una crítica práctica de esa ideología, están ya siendo impulsados por la propia comunidad de lucha de la que son parte a mandar a la basura las ideas y prácticas fundamentales de esa falsa concepción de la realidad y de la lucha, están ya siendo impulsados por sus propios intereses a luchar por la insurrección proletaria.»

Y unas líneas más adelante proseguimos:

«Es verdad que todas las expresiones de la comunidad de lucha tienen/tenemos debilidades, grietas por donde entran ciertas ideologías. Es

la brecha por la que se cuela la contrarrevolución. Por eso es fundamental luchar contra todas esas debilidades, contra todas las ideologías que se reproducen en nuestro terreno. No hay otra forma de librarse de la influencia de nuestro enemigo, no hay otra forma de llegar a adquirir la fuerza revolucionaria necesaria para derribar este mundo inhumano.»

Si toda esta cuestión sobre la ideología adquiere una gran importancia, no es menos relevante la incompreensión que hoy existe entorno a la socialdemocracia como partido histórico de la contrarrevolución. De ahí que la relación entre ideología socialdemócrata e «insurreccionalismo» haya escandalizado a tantos. No se comprende que es a través del conjunto de todas las no rupturas con la socialdemocracia, que tratamos de explicar en nuestra crítica, como se materializa la ideología insurreccionalista. Así es, pese a la contraposición que el «insurreccionalismo» afirma respecto al parlamentarismo, sindicalismo, etapismo..., contraposiciones que evidentemente son expresiones de la lucha histórica del proletariado, la no ruptura con ciertas concepciones fundamentales de la socialdemocracia no hará sino cristalizar esta ideología. Su concepción de las clases, de la organización, del individuo, de la insurrección, del qué hacer... se basa en la ideología de ese

partido de la contrarrevolución. Y es lo que a lo largo de las páginas de este libro tratamos de poner de relieve.

Antes de cerrar esta pequeña presentación queremos agregar una última cuestión de cierta importancia en estos tiempos que corren. Así como nuestra crítica al «insurreccionalismo» se contrapone y delimita de la crítica que le hace el pacifismo, también se contrapone de la que le realiza el gestionismo. No es este el lugar para profundizar en la crítica al gestionismo que en los últimos años, ante la creciente catástrofe capitalista, ha ido tomando cada vez más fuerza como alternativa burguesa para el proletariado. Sintéticamente podríamos definirlo como la gestión de la sociedad existente por parte del proletariado (sea como objetivo, como medio de lucha o ambas cuestiones) sin comprender la profunda necesidad de su destrucción revolucionaria. Por eso, a todos aquellos que piensan que debemos ofrecer propuestas concretas, alternativas, crear contrapoderes, soluciones inmediatistas a los problemas, les decimos una vez más, que la única alternativa real es la organización para la destrucción de esta sociedad y que toda otra propuesta de transformación social es idealista y reaccionaria. En ese sentido, la ideología insurreccionalista reivindica ser partidaria de la destrucción, y ese aspecto destructi-

vo nosotros siempre lo reivindicaremos. Pero esa destrucción, esa negación, en tanto que demolición del orden social existente, sólo se abre paso afirmando al mismo tiempo nuestra comunidad de lucha proletaria, impulsando el asociacionismo, precisando qué necesitamos destruir y cómo hacerlo, comprendiendo las tareas de los revolucionarios en cada momento para la destrucción de esta sociedad. Todos nuestros esfuerzos van en ese sentido.

Febrero de 2016

INTRODUCCIÓN

«No se puede combatir la alienación
bajo formas alienadas.»

Guy Debord

El término insurreccionalista hace referencia, en toda su acepción histórica, al partidario de la insurrección. En este sentido, nosotros somos, sin duda alguna, insurreccionalistas, como lo es en última instancia el proletariado cuando se hace fuerte como clase, cuando se constituye en fuerza para negar el capitalismo. Sin embargo, en los últimos años se ha extendido una moda particular de autodenominarse insurreccionalista como individuo o grupo, y que hace referencia a una ideología surgida en las últimas décadas.

Fue en Italia, en la primera mitad de la década de los ochenta, donde el proceso de cristalización de esta ideología, en tanto que falsa conciencia de la realidad, comenzó a dar sus primeros pasos. En ese país, desde diversos ámbitos y sectores de la militancia revolucionaria que se reivindica del anarquismo, se confeccionaron toda una serie de reflexiones y balances de las luchas proletarias que acababan de ser derrotadas, así como un análisis de las «nuevas» condiciones que el capital imponía en todos los ámbitos de la vida. El fruto de todo esto será la consolidación de una serie de concepciones que irán conformando el cuerpo ideológico de ese nuevo «insurreccionalismo». Es a este uso específico de la palabra insurreccionalismo al que nos referiremos a lo

largo del presente texto y a esa ideología dedicaremos el análisis y la crítica que aquí presentamos.²

Pese a presentar rupturas importantes con diversos aspectos de la socialdemocracia, como la defensa de la violencia revolucionaria contra el pacifismo, la lógica de conjunto de todas las concepciones insurreccionalistas parten de las ideas de ese partido de la contrarrevolución que es la socialdemocracia para comprender el mundo de la mercancía, y sobre todo para comprender su destrucción. No es otro el motivo por el cual el insurreccionalismo defiende la desaparición del proletariado y su programa, reduce las tareas revolucionarias a una vulgaridad extrema, convierte la insurrección en algo pueril, se desentiende de todo tipo de perspectiva global, concibe el Estado como algo diferente del capital, apueste todo a una forma organizativa, o piense que la transformación social sólo depende de la actuación voluntaria de un puñado de rebeldes. Y sin embargo todo esto no tiene nada de nuevo. No es la primera vez que se defiende que lo único importante es «la acción», ni tampoco la primera vez que se oye que el proletariado no existe, o que se desprecia el proceso

² A lo largo del texto hay que tener presente esta observación pues hemos decidido no entrecomillar el término en esa acepción, ni tampoco la denominación de insurreccionalista, pues llenaría las páginas de comillas que dificultarían la lectura.

organizativo del proletariado. La novedad está en haber agrupado toda esta serie de concepciones para formar una unidad ideológica.

Es cierto que hay quienes tratan de dotar al insurreccionalismo de una larga trayectoria que hunde sus raíces en el siglo XIX y el primer tercio del XX. Para validar esta afirmación subrayan la similitud entre ciertas minorías proletarias del pasado con las que en la actualidad se reivindican del insurreccionalismo. Sin embargo, los que defienden esta identificación pasan por alto que el nexo se establece con la práctica, con el proletariado luchando y rebelándose contra toda la tiranía capitalista, no con la ideología. Para nosotros, esta tesis es una revisión ideológica de la historia, una inversión ideológica de lo real que analiza la historia partiendo de la ideología, asimilando tal práctica a una ideología y creando el nexo en base a ésta. Ciertamente es que en el pasado hubo compañeros cargados de voluntarismo, de activismo, de un profundo individualismo, pero en absoluto existía una fuerza ideológica que encuadrara a esos proletarios bajo el cuerpo doctrinario del insurreccionalismo, por eso sus posiciones poco tenían que ver con lo que hoy se conoce como ideología insurreccionalista.

Frente a la ideología insurreccionalista brota en el seno de nuestra clase, tal y como pasa con el resto

de las influencias del enemigo en el interior de la comunidad de lucha, el impulso a la crítica de ese elemento que mina nuestras fuerzas. Como con cualquier otra ideología y fuerza que proviene de la contrarrevolución, el proletariado se ve impulsado a asumir una crítica radical con el fin de deshacerse de las influencias de su enemigo, de combatir los límites y las ideologías que nuestra lucha contiene, y de avanzar en el proceso de constitución en clase revolucionaria. En los últimos años podemos comprobar cómo se cristaliza ese impulso en rupturas, discusiones y materiales contra la ideología insurreccionalista.

Desgraciadamente hemos necesitado repetir errores en diversas latitudes durante casi tres décadas, convivir con todos los desastres de esa ideología aquí o allá, para que nuestra clase vaya construyendo toda una demarcación y una contraposición explícita a esas concepciones. Entre otras cosas porque cuando algún grupo o compañero hablaba de la necesidad de hacer pública dicha crítica, otros compañeros respondían «no es el momento, en esta época, en la que los que se denominan insurreccionalistas están siendo reprimidos, no se puede hacer tal crítica»... y muchos se plegaron a esa exigencia y esperaron. Craso error que se ha reproducido ya en repetidas ocasiones, pues la denuncia inmediata de

las ideologías contrarrevolucionarias es una tarea fundamental. Además, esa exigencia de la espera que habla de que no es un buen momento viene acompañada siempre de una perspectiva inmediatista y localista, que contiene un desprecio al internacionalismo. Pues si bien hoy en algunas regiones, como en España, por citar un ejemplo, la influencia del insurreccionalismo ha refluído y también en gran medida la represión a los compañeros que se reivindican de tal ideología, en otras está en auge tanto una cosa como la otra³. Entonces, los que esperaron diez años a que «se calme» la cosa en un lugar tendrían que esperar otros diez años para que se calmase en otro, impidiendo la transmisión de la experiencia y siendo cómplices así del desarrollo de esta ideología, del daño a nuestra clase y de las desgracias de ciertos compañeros.

³ Este ejemplo se utilizó en la primera edición de este libro a mediados del 2012. Desde el 2013 la represión en España –y podríamos generalizarla a todo el mundo– se ha agudizado para tratar de neutralizar y prevenir la contestación social. Operaciones antiterroristas contra la militancia, represión de piquetes y huelguistas, endurecimiento de las leyes democráticas, medidas contra los que luchan... todo con un alto coste represivo. En este escenario, fortalecer la solidaridad de clase, el asociacionismo, las redes compañeras, la inteligencia colectiva... es fundamental para nuestra comunidad de lucha, para continuar y profundizar en la pelea por abolir esta sociedad de muerte.

Sin embargo, la crítica revolucionaria siempre se abre paso, la ruptura con la ideología se materializa tarde o temprano. Pero la época que atravesamos, poco proclive a sistematizar sus experiencias y poco acostumbrada a dejar los balances de las experiencias más allá de las fronteras invisibles de ciertos grupos, ha conllevado que dicha crítica circulara de forma, por así decirlo, «clandestina» durante bastantes años. La crítica se mantuvo demasiado tiempo encerrada en reuniones, en el interior de grupos, de discusiones directas...

Han tenido que pasar muchos años para que esa crítica fuera asumiendo una dimensión pública y decidida. Desde entonces han existido en los últimos años un puñado de textos que recogen con mayor o menor contundencia la crítica a esta ideología desde posiciones revolucionarias. Entre estos materiales podemos destacar *La epidemia de rabia*, que desarrolla, desde otros niveles de abstracción que el que nosotros hemos realizado en este texto, y pese a que tenemos diferencias en ciertos aspectos, una importante crítica al insurreccionalismo sobre la base de un balance de las luchas y experiencias de minorías revolucionarias en España en la década de los años noventa.

No es otra la dinámica de la que surge el presente texto que por consiguiente nada tiene que ver con un

monográfico de intelectuales con ideas «revolucionarias», sino que surge como resultado de experiencias, discusiones, lecturas y borradores de un puñado de militantes de distintos grupos del mundo. El combate, la acción directa, la estructuración de la lucha, los comités de solidaridad con las distintas revueltas y reprimidos, la reapropiación programática y, por desgracia también, la represión y la prisión, son el medio en el que se forja.

Por este motivo es inseparable de la praxis revolucionaria, de los centros sociales, de los comités de huelga, de los piquetes, de los encapuchados, de los conspiradores..., en definitiva, de las expresiones que luchan por tumbar este sistema inhumano. Tampoco tiene otra utilidad que la de servir de herramienta que aporte elementos para el fortalecimiento, la extensión, la radicalización y la coordinación de las revueltas e insurrecciones del mundo entero. La crítica proletaria tiene la cualidad de ser totalmente intransigente y destructiva frente a las fuerzas y representaciones de nuestro enemigo, limitando su presencia, pero, al mismo tiempo, es constructiva y compañera con las expresiones que luchan por la revolución por muchas que sean sus debilidades. Desgraciadamente, vivimos una época en la que esta última cualidad apenas es comprendida, reduciendo la crítica sólo a su carácter destructivo.

Indudablemente, tal y como pasa con todas las demás ideologías, la crítica al carácter contrarrevolucionario de la ideología insurreccionalista no puede ser entendida, ni mucho menos, como un rechazo de la práctica de todos los que se reivindican de esta ideología. No se puede valorar el carácter revolucionario o contrarrevolucionario de una expresión sobre la base de lo que ésta dice de sí misma, pues nuestros intereses de clase se expresan en innumerables ocasiones en grupos e individualidades que arrastran ideologías nefastas. Por supuesto que nos gustaría que la dirección de toda lucha fuese claramente autónoma, que el proletariado no se dirigiese por una práctica de clase en contradicción con lo que dice, que viera los peligros que conllevan esas ideologías en tanto que fuerzas de recuperación de nuestras luchas y grietas por donde se cuele nuestro enemigo de clase para destruirnos. Sin embargo, la lucha no atiende a gustos ni preferencias y la autonomía de clase no se presenta como una premisa, ni como algo que cae espontáneamente desde el cielo, es un proceso arduo y contradictorio que se va gestando.

Por consiguiente, no se trata de descalificar tal o cual expresión proletaria por el hecho de reivindicarse de tal ideología, olvidando que en absoluto se trata de lo que uno cree de sí mismo, sino lo que realmente hace. Tampoco se trata de defender la prác-

tica sin criticar sus ideologías. Esa neutralidad con respecto a ellas nos compromete, significa ceder a la ideología y no asumir el combate por la autonomía de clase. De lo que se trata es de apoyar la práctica criticando despiadadamente las ideologías que los grupos e individualidades arrastran. Se trata de saber diferenciar, por un lado, las expresiones proletarias, que bajo la etiqueta insurreccionalista se enfrentan y atacan al Estado, y por otro la ideología con la que se reivindican esos colectivos, acciones o militantes. Sólo de esa forma luchamos realmente contra la recuperación y eliminación de nuestras luchas. Únicamente así combatimos la presencia de la contrarrevolución en nuestras filas, favoreciendo el desarrollo de las posiciones revolucionarias y purgando nuestros numerosos límites. Por lo tanto, la crítica a la ideología insurreccionalista no debe confundirse con el rechazo de las diversas manifestaciones que surgen del enfrentamiento contra el capital y que se reivindican de esa ideología.

Escupimos, dicho sea de paso, sobre esas «críticas» hacia el insurreccionalismo, que lo único que buscan es atacar al movimiento proletario, criticar aspectos fundamentales del proceso revolucionario basándose en el pacifismo, el antiterrorismo, el victimismo o cualquier otra basura burguesa. Recordemos en España la infame campaña de la CNT a

finales de los años noventa contra los reprimidos tras el atraco de Córdoba. En esa ocasión, este sindicato —que no tiene reparos en autodenominarse anarquista, pese a ser un auténtico baluarte de la contrarrevolución cuyo máximo servicio lo prestó en la llamada guerra civil española, siendo pieza fundamental del Estado republicano—, arrojando al Estado y a todos sus agentes, participó en el linchamiento y la represión de compañeros, escupiendo todo el veneno posible contra los autodenominados insurreccionalistas y los que se solidarizaban con ellos, incluyendo a militantes de su propia organización.

Para finalizar esta introducción queremos remarcar que para nada este texto es algo terminado. Como todos los materiales de nuestra clase está inacabado. Representa más bien un momento de la crítica a la ideología insurreccionalista —y a nivel más global un momento de la crítica histórica que nuestra clase hace contra la contrarrevolución en general— que debe circular, ser criticado, mejorado, transformado en fuerza actuante en todos los ámbitos de nuestra lucha. Sólo de esta forma los materiales revolucionarios adquieren toda su dimensión práctica y dan pequeños pasos en la gigantesca obra colectiva, de clase, para la constitución del sujeto revolucionario y la transformación en cenizas del mundo de la mercancía.

I
UN NUEVO ESCENARIO, UN
NUEVO SUJETO Y UNA NUEVA
METODOLOGÍA

«La fijación de quién es el proletariado no es, como pretende la burguesía, un estudio sociologista o de un nivel de ingresos: es la delimitación de quién es el sujeto de la revolución.»

MIL, *La revolución hasta el fin*

«Basta que las falsas formas fenoménicas de esta existencia en su inmediatez sean superadas para que la existencia propia del proletariado le aparezca como clase.»

Georg Lukács, *Historia y conciencia de clase*

El Capital nunca ha cesado de reestructurar las formas de explotación de la fuerza de trabajo, con el objetivo tanto de aumentar la tasa de ganancia como de perfeccionar la imposición terrorista de la paz social. Como consecuencia, nuestra clase ha venido sufriendo toda una serie de trastornos cada vez más violentos en sus condiciones de vida. En los últimos 50 años, unido a la derrota del formidable asalto proletario de los años sesenta y setenta, esto se ha traducido en diversos lugares en importantes reestructuraciones del proceso productivo: disgregación de las reservas homogéneas y locales de fuerza de trabajo (principalmente por el desarrollo acelerado de la subcontratación), fragmentación de los procesos y lugares de producción, flexibilización acelerada de la mano de obra, competencia desenfrenada entre los proletarios de todos los sectores...

Bajo la influencia de diversas teorías e interpretaciones relativas a esta reorganización de las relaciones productivas, ciertos sectores de la militancia

revolucionaria llegaron a la conclusión de que estos cambios habrían transformado por completo las condiciones de la lucha del clases, poniendo fin a un periodo histórico e inaugurando otro, totalmente diferente del anterior. Se creará así un nuevo escenario, totalmente ideológico, en el que se dejará atrás al proletariado y a la burguesía y, junto a ellos, se arrojará al fuego el viejo programa de la revolución y todas sus implicaciones.

Este desastroso punto de vista del desarrollo capitalista servirá de base sobre la que se edificará todo un «nuevo» programa para la lucha: emergerá la ideología insurreccionalista.⁴

⁴ Nuevo entre comillas pues, como iremos viendo, la ideología insurreccionalista se nutre de las ideas socialdemócratas para edificar toda su concepción sobre la lucha revolucionaria. Por otro lado, toda esta interpretación del desarrollo capitalista no sólo será usado por el insurreccionalismo sino también por otra serie de ideologías.

La teoría de la desaparición del proletariado

«Justamente esas negaciones del proletario mismo son las que consolidan la ideología burguesa del “verdadero proletario” que, como se sabe, con sarcasmo lo definimos como: obrero industrial, hombre, nacional, y que mira con desprecio al lumpen, al estudiante, al que saquea, al inmigrante, a la mujer y a “todos esos negros”.»

Publicación *Cuadernos de negación*, nº 2

Los partidarios de la teoría de la desaparición del proletariado, han mitificado la imagen de la fábrica, de una industria «tradicional», centro de reclutamiento para la socialdemocracia, y algunos de ellos incluso han proclamado la desaparición de las grandes concentraciones industriales, generalizando de forma indebida un proceso propio de ciertos polos de valorización capitalista, abandonados o reestructurados. Basándose en una serie de cambios reales en la organización de la producción, impuestos de formas diversas según sectores o regiones, les han atribuido una dimensión inadecuada extrayendo conclusiones erróneas.

En lugar de percibir el mantenimiento fundamental de una relación social de explotación de una clase sobre otra, el antagonismo radical entre dos proyectos sociales (la sociedad mercantil y su abolición), los teóricos socialdemócratas perciben «nuevas relaciones».

Bajo esta teoría se hace agonizar al proletariado a medida que va siendo desposeído de la unidad de sus intereses, y se pulveriza su ser al ritmo que es distribuido por las distintas ramas de producción y circulación de capital. Confinado en el recinto fabril, se le hace correr la misma suerte que le otorgan a la fábrica, quedando sepultado bajo sus escombros. La «fábrica tradicional» y el proletariado son barridos de la escena social y como reliquias del pasado se les crea un lugar en el museo de la historia. La conclusión que esta visión da a la terrible lucha entre la burguesía y el proletariado no puede ser más inesperada: es el propio capitalismo el que se encarga de suprimir al proletariado para seguir reinando.⁵

Para rematar esta fábula, y poder afirmar mejor la muerte del movimiento proletario, esta teoría asociará todas las estructuras de la socialdemocracia y sus ideas al proletariado. El sindicalismo, el «anar-

⁵ El *immpasse ciudadano*, Appel o el comité invisible seguirán al pie de la letra este guión.

co»sindicalismo, el marxismo-leninismo, la ideología del progreso y desarrollo, la apología del trabajo, el obrerismo..., todas estas expresiones clásicas de la socialdemocracia eran convertidas, sin sonrojo alguno, en ideas y herramientas tradicionales de lucha proletaria del pasado. Consumada esta falsificación, se ponía en bandeja afirmar que estas herramientas de lucha se habían integrado en el Estado, que desde entonces se han convertido en meras gestoras, tesis que reforzará la teoría del fin del proletariado y su movimiento, su desaparición, y la integración de «sus» antiguas organizaciones en el Estado.

Así sería si no fuera porque esta tesis es una retorcida tergiversación de la historia que amalgama el reformismo con la revolución. Se reescribe la historia sobre la base de la práctica y la teoría que desarrollaron todas estas fuerzas socialdemócratas y su influencia en nuestra clase. Ahora bien, la práctica de estas «organizaciones clásicas» consistía, desde sus orígenes, en domesticar, canalizar, desviar, democratizar y liquidar la revolución. Lejos de ser estructuras para organizar la lucha revolucionaria, eran expresiones de la contrarrevolución. La verdadera acción proletaria, que mediante el arma de la crítica y la crítica armada trataba de trazar la ruptura con las concepciones y estructuras reformistas para des-

truir esta sociedad, queda escondida en la amalgama.

Deslumbrados por esta nueva teoría, numerosos movimientos y variantes ideológicas de la socialdemocracia aprovecharon el momento para renovar sus desgastados ropajes. El «arcaico y desfasado» lenguaje del pasado dejaba paso a una forma de expresarse acorde a la nueva moda que permitiera frenar la desbandada en sus filas militantes. La lucha de las naciones oprimidas, el anti-imperialismo, el antifascismo, el ciudadanía o el populismo más rancio, levantarán cabeza, se harán más difusos y adquirirán nuevos bríos con este uniforme moderno forjado sobre la tumba del proletariado. Habrá quien componga nuevos sujetos con las cenizas del proletariado, como Toni Negri y su «multitud». Habrá otros que abandonen todo marchándose a plantar cebollas aduciendo que la derrota del proletariado era definitiva y el capitalismo se convertía en invencible, como Camatte.⁶

⁶ En los últimos años ha crecido también la influencia de la teoría de la comunización que parte también de toda esta distorsión de la historia de la lucha proletaria y que asocia socialdemocracia con proletariado. En base a esa distorsión se edifica toda una serie de «novedades» que la lucha tendrá que asumir, lo que oscurecerá aspectos fundamentales como la insurrección y todo el proceso revolucionario de imposición de las necesidades humanas para abolir la economía.

Sin ningún tipo de recelo, el insurreccionalismo transitará por esta teoría de la desaparición del proletariado para cimentar todo su cuerpo ideológico. Se embalará cuesta abajo y sin frenos por esta senda, desarrollando toda una explicación de los «nuevos» fenómenos del capitalismo, las nuevas clases que ha generado y las nuevas formas de lucha que deben ser adoptadas en consecuencia.

«[...] la lucha debe partir de otros sitios, debe partir con otras ideas y debe partir con otros métodos.»⁷

La nebulosa ideológica llevarán al insurreccionalismo a ver en el cambio de la forma, en ciertos cambios de *looks* presentados por el entramado capitalista, que esconde la permanencia intransigente

⁷ A. Bonnano, *La tensión anarquista*.

Si a lo largo de este texto tomamos las posiciones de Bonnano como referencia fundamental de la ideología insurreccionalista, es porque creemos que él reproduce las tesis fundamentales sobre las que se alza esta ideología. Tenemos que insistir que pese a todo, pese a que Bonnano es desgraciadamente uno de los más destacados difusores de esta ideología, su práctica ha estado ligada, en mayor o menor medida, a las necesidades del proletariado y en ese sentido lo consideramos un compañero de lucha. Lo aplicado a Bonnano puede hacerse extensivo, lógicamente, a otro nutrido grupo de compañeros que reproducen estas contradicciones en su militancia.

de su contenido, un nuevo escenario social que llamará, como cualquier sociólogo moderno, sociedad postindustrial, y en la que se liquida de un plumazo la fábrica y al proletariado.

«La fábrica tradicional desapareció o está por desaparecer definitivamente, para dejar el lugar a una miríada de pequeños y pequeñísimos centros productivos altamente informatizados, con posibilidad de conversiones productivas impensables a su tiempo. Los intereses del proletariado, quebrantados en miles de pedazos, se pierden en los meandros de la realidad virtual.»⁸

Atrapada en la fábrica, sin estar además al tanto de lo que en ella se desarrolla y la totalidad que contiene, esta concepción sobre los cambios acontecidos en el aparato productivo transforma la totalidad en algo exclusivamente particular. Vislumbra el trabajo fabril, pero no lo que hace de él una actividad del capital que somete a su disciplina al proletariado en todos los aspectos de la vida. Sólo divisa la fábrica en la fábrica misma, sin captar que bajo el dominio capitalista, ésta se reproduce en la práctica totalidad de la actividad humana, sin necesidad de que los humanos se introduzcan en ese espantoso edificio. No advierte que no es la actividad concreta

⁸ C. Cavalleri, *El anarquismo en la sociedad postindustrial*.

de ese trabajo, ni las formas y acondicionamientos productivos inmediatos que se tienen que generar para consumarlo, lo que constituye la esencia del proletariado, sino el trabajo asalariado mismo independientemente de su manifestación particular.

Es la imposición de ese trabajo al ser humano, desposeído de todo medio de vida como única forma de sobrevivir, lo que crea esa contraposición viviente que es el proletariado, esa contraposición de esa parte de la humanidad encadenada frente a todas las relaciones sociales existentes. El insurreccionalismo es incapaz de comprender esto al identificar exclusivamente como proletario, al igual que hace la socialdemocracia, a uno de sus polos de desarrollo: el obrero industrial.

«Excluida, fragmentada, marginada, precaria, destrozada en miles de perspectivas, el proletariado como figura antagónica (si es que alguna vez esta figura realmente desarrolló un papel preciso en el tremendo conflicto para liberarse a sí mismo de la explotación) está desapareciendo de la escena por completo, dejando tras de sí todas las ilusiones perdidas, a los compañeros muertos, los ideales traicionados, las banderas bajo el barro.»⁹

⁹ A. Bonnano, Introducción de 1998 al libro *Crítica a los métodos sindicales*.

El fin de lo que algunos llaman centralidad obrera será recurso esencial de todos los enterradores del proletariado. Es decir, el proletariado al ser desalojado de ese espacio fabril donde se concentraba pierde su carácter unitario, queda mutilado y disperso en diversos trabajos que le desarraigan la unidad de sus intereses. Abandona su antigua existencia dejando de ser el sujeto de la revolución.

En realidad, en toda esta explicación se está amalgamando el acondicionamiento del trabajo y del espacio con la unidad del proletariado. O dicho de otra forma, se piensa que la forma de organización del capital, cómo éste organiza y distribuye al ser humano en el trabajo, es lo que confiere el carácter unitario y centralizado al proletariado. Sin embargo, esta organización que hace el capital de las masas es para explotarlas y dominarlas. El capital busca formas cada vez mejores tanto para intensificar el grado de explotación como para negar a su enemigo histórico y poderlo explotar sin perturbaciones. Trata de aislar, trabar, desestructurar y desnaturalizar la esencia del proletariado. Crea un conglomerado de mecanismos artificiales como factor de escisión de sus intereses. Fomenta en el interior de la fábrica la estratificación de los salarios, introduce separaciones ideológicas, dispersa la fábrica en pequeños centros productivos, crea cente-

nas de categorías productivas esparcidas por la superficie terrestre y promueve la creación de múltiples categorías jurídicas e ideológicas... Y todo ello no es simplemente un proceso para mejorar la tasa de ganancia, sino también para esconder y dividir a su enterrador histórico, hacer que la competencia lo desgarre, negarlo ideológicamente. Los que predicán la teoría de la desaparición del proletariado utilizan las mismas cartas que el capital. Usan estos mecanismos de división y enajenación para negar la existencia del proletariado.

Pero el sujeto revolucionario, la constitución del proletariado en fuerza de negación del orden existente, su centralización, es la negación activa de esa organización, tanto en su contenido como en su forma. Por eso cuando el proletariado se constituye en fuerza revolucionaria pasa por encima de todas las peculiaridades de sus «trabajos particulares» –o sus «no trabajos»– y se organiza dejando atrás todas las divisiones que le impone el capital. Por consiguiente, lo que en verdad confiere al proletariado ese carácter unificado, no es la disposición y organización que el capital procura al trabajo, ni la forma bajo la que trabaja esa clase social, sino que es su propia vida bajo el capital, su propia naturaleza orgánica, la que le confiere el mismo interés independientemente de en qué y cómo trabaje. Su condición de ser un ser

humano deshumanizado que no posee otro medio de vida que su fuerza de trabajo, su condición de paria de este mundo es el que le proporciona sus intereses unitarios: la abolición de sus condiciones de explotación, la abolición del trabajo asalariado, de la propiedad privada y por tanto la abolición de toda la estructura capitalista.

En cada episodio en el que el proletariado desplegó niveles elevados de enfrentamientos contra el capital podemos comprobar esta verdadera naturaleza de su ser. En España, en la década de 1930, la lucha se desarrolló en casi todos los sectores y las zonas impulsando al proletariado a unificarse, a rebasar toda categoría. En Rusia en 1917, pese a que la socialdemocracia hizo todo lo posible por separar al proletariado del campo del de la ciudad, la insurrección sólo fue posible por la destrucción de esta separación y la acción unitaria del proletariado. Recientemente, en 2009, vimos cómo en Perú se volvía a echar abajo esa división y los proletarios en la selva del Amazonas, que son catalogados como indios (¡como si pudiera existir una comunidad indígena bajo el capitalismo mundial!), estrecharon lazos con sus hermanos de las ciudades para defender sus condiciones de vida. Lo mismo pasó en Grecia, donde todos los sectores y las categorías, esos que el insurreccionalismo dice que han acabado con el proleta-

riado, fueron rebasados cuando la comunidad de lucha se encontró y ocupó la calle, reivindicando tanto en la práctica como en la teoría por medio de minorías revolucionarias, el carácter proletario de la revuelta.

Pero el insurreccionalismo, sometido a los mecanismos de mistificación que buscan desarticular al proletariado, y reproduciéndolos, hace caso omiso de la verdadera realidad para presentarnos, de la mano de Bonnano, al nuevo sujeto, al nuevo hombre que está llamado a remplazar al proletariado.

«Hoy la realidad ha cambiado. Como decíamos antes, están construyendo un hombre diferente, un hombre descualificado y lo están construyendo porque tienen necesidad de crear una sociedad descualificada. Pero, descualificado el hombre, han quitado del centro de la concepción de la sociedad política de ayer la que era la figura del trabajador. El trabajador ayer soportaba el peor peso de la explotación. Por este motivo se pensaba que debiese ser él, como figura social, quien diese inicio a la revolución. Basta con pensar en el análisis marxista. En el fondo, todo *El Capital* de Marx está dedicado a la “liberación” del trabajador. Cuando Marx habla del hombre, se sobrentiende el trabajador; cuando desarrolla su análisis sobre el valor, habla de tiempos de trabajo; cuando

desarrolla su análisis sobre la alienación, habla del trabajo. No hay nada que no tenga que ver con el trabajo. Pero eso porque en el análisis marxista, en los tiempos en que fue desarrollado, el trabajador permanecía central, efectivamente la clase trabajadora podía ser teorizada como centro de la estructura social.»¹⁰

Incapaz de comprender que la descualificación, el poder trabajar en cualquier cosa, siempre fue la esencia no del nuevo hombre que están construyendo sino del proletariado —el mismo Marx lo afirma en toda su obra, pese a que Bonnano parece no haber entendido nada—, que la cualificación ha sido, y es, algo contingente y minoritario, efímero en la historia del capitalismo; incapaz de comprender que tanto antes como ahora es el mismo sujeto, el proletariado, el que soporta el peso de la explotación, sea en una fábrica, en una hamburguesería, en una oficina, en la calle recogiendo mierda, en el paro...; incapaz de comprender que hoy todo carbura en base al valor, al trabajo abstracto que representa el trabajo asalariado, es decir, independiente de la actividad concreta, de si se manifiesta como trabajo de camarero o de albañil, de minero o de oficinista, de agricultor o de portero, de conductor o de profesor; en definitiva, incapaz de comprender las relaciones so-

¹⁰ A. Bonnano, *La tensión anarquista*.

ciales que genera el capital en toda su extensión, mejor dicho, comprendiéndolas a través del prisma socialdemócrata, acaba sin percibir que todo sigue igual, que, como siempre, en pleno capitalismo todo se basa en el antagonismo entre dos clases sociales: la que posee los medios de vida y la que no los posee, la que está determinada a mantener esta posesión que le beneficia, y la que está determinada a suprimirla pues le ahoga en el fango.

Todos esos cambios, todos esos trastocamientos que ciegan al insurreccionalismo, son una constante del capitalismo. La revolución de las fuerzas productivas, la continua destrucción del viejo aparato productivo en favor de uno nuevo, la cada vez menor presencia de fuerza humana en el proceso productivo, la constante reutilización del espacio, etcétera, no es más que el proceso natural del desarrollo capitalista. Que el proletariado en vez de tener que meterse en una fábrica a trabajar entre cientos de su clase, realidad de todas formas nada despreciable hoy en día, tenga que meterse en un chiringuito de servicio de comidas o en una oficina, que la mercancía que produce sea material o inmaterial, que se presente su explotación bajo determinadas formas jurídicas, que su trabajo sea «productivo» o «improductivo», o que se le abandone a su suerte en el desempleo, en busca de algún medio que le permita

echarse algo a la boca, no cambia absolutamente nada de su condición de clase. Su vida sigue siendo negada en favor de la valorización capitalista. Sigue reproduciéndose en su seno el mismo antagonismo a la propiedad, a sus explotadores, al trabajo. La contraposición entre sus necesidades humanas y las del capital siguen siendo el punto de confrontación que tarde o temprano acaba en llamas. Todo ello independientemente de cómo lo manifieste, o del nivel de alienación que le aflige y que le empuja a negarse como clase, a desconocer totalmente quién es en realidad y quiénes son sus enemigos, y que lo lleva incluso a defender intereses que no son los suyos.¹¹

«El nuevo productor que ha emergido de esta sacudida en el escenario capitalista tradicional es abandonado a su suerte. No volverá a tener ningún tipo de conciencia de clase, no ve más allá de la esquina y es incitado a participar en una falsa conflictividad dentro de las variadas etapas de la producción. Se le ofrecen incentivos para empujarlo a actuar como policía o espía ante cualquier conducta improductiva de sus ex compañeros de trabajo. [...] Intenta arre-

¹¹ Con esto a su vez nos desmarcamos de esa falsa dicotomía que separa al ser de su consciencia, la materia de su movimiento, el objeto del sujeto, hablando de la clase en sí por un lado y de la clase para sí por otro. Como si el proletariado existiera primero (clase en sí) y luego actuase (clase para sí).

glárselas como puede, procura no ser arrojado fuera del círculo de la flexibilidad: hoy soldado, mañana granjero, luego sepulturero, panadero y finalmente portero. Se las arregla, esperando nada mejor que un sueldo, cualquier sueldo; para su prole, en una perspectiva de degeneración cultural ni siquiera es consciente de los sueños de antaño; los sueños de la revolución, la destrucción final de toda forma de explotación y poder han acabado.»¹²

La confusión entre la destrucción que el capital hace del proletariado, la desarticulación de su fuerza, la eliminación de su historia, su sometimiento al entramado democrático, con el fin del proletariado es brutal. Se confunde la derrota y sus consecuencias contrarrevolucionarias, que dejan totalmente noqueado al proletariado, con su muerte. Por consiguiente, el insurreccionalismo y las ideologías que defienden la desaparición del proletariado no basan sus afirmaciones solamente en un plano meramente ideal, sino que parten, como toda ideología, de cierta realidad, de la derrota y desestructuración del proletariado. Lo falso es un momento de lo verdadero decía Hegel. Al transformar este momento de la vida histórica del proletariado en verdad eterna, constru-

¹² A. Bonnano, Introducción de 1998 al libro *Crítica a los métodos sindicales*.

yen, ahí sí, una proyección ideal que convierte ese momento en la totalidad. Se adopta como dogma inmutable lo que en realidad es el sueño supremo del capital: la inexistencia de una clase mundial que se contraponga a su sociedad.

Que tras la derrota proletaria reinen gigantescos períodos de paz social donde la clase revolucionaria es incapaz de reconocerse y es mera marioneta del capital, que su conciencia esté prácticamente anulada y su práctica sea canalizada y dirigida por toda clase de reformistas, no quiere decir que el proletariado haya sido suprimido para siempre. Es simplemente una trágica consecuencia de su derrota que no elimina la esencia de la vida del proletariado, la contraposición entre las necesidades humanas y las del capital.

La imagen idílica y celestial que algunos se han creado del proletariado sólo está en sus cabecitas pensantes y se resquebraja ante la realidad, cuando el sujeto revolucionario deja por un período largo de revolveerse contra la sociedad. Entonces, estos adoradores del proletariado mitológico, defraudados por el sujeto de carne y hueso, anuncian que la clase ha dejado de existir para siempre.

La contradicción que contiene en su ser el proletariado de ser una clase explotada y a la vez revolu-

cionaria no es, ni por asomo, comprendida. Por eso se quedan sorprendidos cuando el proletariado, después de poner en jaque al capitalismo mundial, pasa, acto seguido, a aceptar sumisamente todas las barbaridades a las que le somete el capital. No pueden concebir que sea el mismo sujeto que ha sido disuelto, desestructurado por la derrota. Pero más boquiabiertos se quedan cuando después de defenestrarlo e inventar nuevas clases, de repente, lo que era un siervo dócil, se transforma en una pesadilla para sus amos prendiendo fuego a diestro y siniestro.

Son incapaces de captar que en el proletariado existen una serie de determinaciones prácticas que se condicionan y chocan entre sí. Incluso las determinaciones más primarias del proletariado implican que su vida lleve el sello de la desposesión, de la privación de los medios que necesita para vivir y reproducirse, que se encuentran en manos de sus enemigos: el capital (burguesía, Estado...). Y esta realidad no implica un tipo de conciencia determinada, ni siquiera implica que los que no tienen nada que vender salvo su fuerza de trabajo piensen que hay que destruir esta sociedad, lo que sí implica es que esa contradicción entre sus necesidades y las de la propiedad privada tiende a desarrollarse —no linealmente, claro está— y a contraponerse en términos

históricos de clase contra clase, hasta alcanzar sus últimas consecuencias revolucionarias.

El insurreccionalismo desecha toda esta realidad para acomodarla y rehacerla según la proyección de su pensamiento. Hipnotizado por la carcasa exterior que presenta toda esta sociedad, se ve imposibilitado de captar la esencia mercantil que abarca todos los aspectos de la vida, y que hace de la proletarización del mundo el desarrollo del capital. Las formas fenoménicas de la mercancía son múltiples y cambiantes, pero lo que tienen bajo su envoltura es siempre lo mismo: el sometimiento del valor de uso al valor de cambio, del proletariado a la burguesía, de la humanidad a la economía. Liberado de toda esta incómoda realidad gracias a la ideología, el insurreccionalismo edifica un nuevo escenario en el que acaba despreciando la división en clases existente bajo la sociedad burguesa, para acto seguido vulgarizar y ridiculizar el objetivo de la lucha proletaria.

«[...] hoy ya nadie bosqueja un análisis partiendo de ridículas dicotomías como son la de la burguesía y el proletariado [...]. En efecto la lógica de clase, en el sentido tradicional que tiene el término, es decir, como explicación de los movimientos internos en un reparto exclusivamente económico del fenómeno social, ha

sido del todo superada. [...] el tejido social se ha rasgado definitivamente. Los movimientos de masa que hoy existen, reclaman objetivos que no son estrictamente de clase, o sea, no tienen como referente inmediato un elemento de la sociedad dividida en clase.»¹³

Por lo tanto, todos estos cambios que el insurreccionalismo presenta como novedades fundamentales (en realidad continuas adaptaciones del capital) y como causas de la desaparición del proletariado, sólo han marcado, por muy paradójico que resulte, el camino de su incremento. Cada vez más aspectos de la vida son mercantilizados y sometidos a las relaciones de explotación capitalistas, cada vez más la humanidad se divide en dos fuerzas antagónicas, por velado y amortiguado que se encuentre coyunturalmente este antagonismo. Sólo se puede negar esta evidencia, sólo se puede defender la desaparición del proletariado, partiendo de la concepción socialdemócrata de este sujeto, de la comprensión que la contrarrevolución tiene del capitalismo, de las clases sociales y de su lucha, concepción falsa e idealista que construye los conceptos al antojo del pensamiento –que «casualmente» coincide con los intereses del capital–.

¹³ *Anarkiviu*, nº 29 «Propuestas para un debate», texto para la creación de la Internacional Antiautoritaria Insurreccional.

Efectivamente, no es la incomprensión total de estos cambios lo que lleva al insurreccionalismo a negar la existencia actual del proletariado, sino que es la ideología socialdemócrata la que lo conduce a concebir de esta forma los cambios y sus consecuencias.

Así es, el insurreccionalismo hace suyas ciertas ideas socialdemócratas como medio de apropiarse de la realidad, de comprender y explicar los fenómenos que acontecen en el capitalismo, de enfrentarse a éste. Por ello es totalmente normal que lo que entiende por producción, por trabajo, por proletario, por partido, por programa, por burguesía, por Estado... sea exactamente igual que lo que entienden los Kautsky, los Proudhon, los Stalin, los Negri... Por consiguiente, también es totalmente lógico que los proletarios que se encuentran totalmente dominados por el insurreccionalismo acaben reproduciendo posiciones que en lugar de servir a la lucha revolucionaria, como pretenden, se vuelvan contra ella.

Toda la teoría insurreccionalista tiene como presupuesto ideológico esencial la concepción socialdemócrata, leninista, o más exactamente, estalinista, que asimila el proletariado al obrero industrial. Concepción materialista vulgar que identifica la mercancía a la producción de cosas, definiendo a la clase revolucionaria sin práctica, sin contraposición de in-

tereses, sin movimiento. Es siguiendo al pie de la letra esta concepción idealista y sociológica de las clases como la teoría de la desaparición del proletariado puede recrear una fantasía que nos traslada al funeral del proletariado. Según esta concepción antidialéctica, que separa la materia de su movimiento, el proletariado no es una clase desposeída de los medios de producción por parte del capital, que se contrapone a él durante toda su vida, incluso en sus determinaciones más elementales. No es el ser humano deshumanizado que está impulsado a luchar para no perecer. Nada de eso. Se desprecia su movimiento, su antagonismo a la burguesía, a la mercancía, al trabajo, al capital, su lucha, su historia, para, de esta forma, concebirlo fundamentalmente como clase en sí o como una mera categoría del capitalismo.

La característica común de todas estas ideologías socialdemócratas es que todas ellas son incapaces de concebir al proletariado mundial y sus concreciones en todo su plano histórico y dialéctico. Desprecian el desarrollo complejo de afirmación y negación del sujeto de la revolución, desechan su práctica de enfrentamiento a partir de la cual el proletariado va constituyéndose en clase revolucionaria. Conciben esquemas estáticos, categorías que ellos deciden integrar o no en la clase. Unos integran a más catego-

rías asalariadas, otros a menos, unos se guían más por las formas jurídicas de propiedad, otros por el trabajo específico, los hay, incluso, que lo hacen por el país de nacimiento..., pero todos niegan la esencia de lo que significa el proletariado, de lo que significa una clase social, presentando una concepción vulgar, antidialéctica, sociológica.

Bajo este paraguas ideológico que le presta la socialdemocracia, el insurreccionalismo se permitirá justificar todo tipo de elucubraciones forjadas sobre el cadáver del proletariado.

Por cierto, no es casualidad que esta teoría de la desaparición del proletariado, a la que se agarra el insurreccionalismo, haya alcanzado popularidad a lo largo de los años ochenta y noventa, período contrarrevolucionario por excelencia, cimentado en la última derrota del proletariado, a finales de los setenta. La lucha de clases está formada por largos períodos de contrarrevolución y paz social, interrumpidos por fugaces fases revolucionarias. En los primeros períodos, el proletariado permanece pasivo, encuadrado, negado ideológicamente como clase, sin tener la menor idea de quién es. Sirve a su amo dócilmente, se sumerge en todas las estructuras democráticas, actúa como buen ciudadano, e incluso está dispuesto a adentrarse en el matadero de la guerra por «su» patria. El proletariado, como contraposición efecti-

va, como antagonismo activo a la propiedad privada, es barrido de la faz de la tierra y sólo una insignificante minoría de su clase mantiene a contracorriente su esencia revolucionaria. En estos períodos de paz social, la teoría de la desaparición del proletariado puede estirar el pescuezo y pavonearse por todos lados, mostrando sus coloridos y atrayentes plumajes que nos sumergen en una concepción alucinógena que trata de remplazar la realidad. Es la época para todo tipo de enterradores de la revolución social, para todo género de charlatanes y estafadores que salen al estrado seguros de que nadie les pegará un tiro en la cabeza. El terreno está despejado ante el repliegue del proletariado.

Pero el proletariado, en tanto que sujeto revolucionario, siempre renace. La propiedad privada –como dinámica social– de los medios de vida regenera la contraposición con la humanidad, regenera al proletariado como oposición. El capital no puede vivir sin explotar trabajo y la explotación es dinámica de contraposición; el capitalismo no puede reproducirse sin volver a agudizar todas las contradicciones sociales. El proletariado renace necesariamente de sus propias cenizas y se desarrolla al mismo tiempo que la privación de la propiedad se hace más contradictoria con toda la vida humana. Por eso, en cuanto la atmósfera se enrarece y el proletariado comienza

a enseñar sus puños, haciendo temblar la tierra firme, la teoría de la desaparición del proletariado se desmorona. Sus plumajes se decoloran y caen a puñados, quedando su cuerpo ideológico más desplumado que un pollo en el matadero. El proletariado reaparece rompiendo con todo y con todos, confirmando que el funeral que le habían dedicado no era el suyo. Argentina en 2000-2001, Argelia en 2001, Bolivia en 2003, Francia en 2005, México en 2006... Con el cambio de siglo la contrarrevolución reinante comienza a exhibir ciertas grietas. Pero fue la irrupción de la revuelta en Grecia en 2008, y las que recientemente afectaron a diversos países del Norte de África y Oriente Medio a principios de 2011, así como el largo desarrollo de la lucha en Chile estos últimos años, las que dejaron claro que una nueva fase de luchas a nivel mundial se abre paso, y su protagonista no será otro que el proletariado. Fácil es imaginarse dónde quedará esta teoría a poco que la situación siga su curso hacia la confrontación de clases.

Incluidos y excluidos

«Nuevamente reiteramos, el proletariado es la clase social que sostiene el sistema de producción reproduciéndolo material e ideológicamente, cuando se niega como clase. Pero es por otra parte el único verdugo potencial del

sistema de producción mercantil. Cuando está en su fase de afirmación de clase constituye en sí, por su acción y negación del mundo burgués, el partido del proletariado, el partido por el comunismo.»

Publicación *Su Capital*, nº 15

Toda esta desdichada noción del fin del proletariado y del trastocamiento de todas las condiciones productivas del capitalismo no arrastra al insurreccionalismo a abrazar el aclasismo como otras corrientes modernistas. No llega al extremo de afirmar el fin de las clases sociales y sus luchas, o a afirmar que la explotación de clase ha dejado lugar a la explotación de los pueblos, de las naciones oprimidas, aunque ciertamente hay un cierto coqueteo con todo esto. Éste es el motivo por el cual el insurreccionalismo sigue hablándonos de lucha de clases y, de forma nebulosa, de sus dos movimientos antagónicos –proletariado y burguesía, comunismo y capitalismo, humanidad y capital–, expresándolo bajo los términos dominantes y dominados, incluidos y excluidos:

«[...] es igualmente cierto que no podemos hacernos sostenedores de un abstracto humanismo naturalista. No podemos, en otras palabras,

hablar de defensa de la naturaleza, de salvaguarda del hombre contra los peligros de la técnica, de resistencia contra todo proceso de desculturización impuesto por el poder, si no insertamos todo ello en la realidad social específica que tomamos a examen, la cual, por mucho que pueda variar desde los países más avanzados desde el punto de vista económico a los más atrasados, presenta siempre una constante: la división de clase entre dominantes y dominados, entre incluidos y excluidos.»¹⁴

Sin embargo, a pesar de esta evidencia, el peso contrarrevolucionario de toda esta elucubración es enorme. Y no por una cuestión terminológica. Si esto es importante, vital para el desarrollo de la revolución, no es por amor a las palabras, porque se le llame proletario al sujeto de la revolución en lugar de excluido. Se trata de un problema de contenido real.

Sería del todo secundario hablar de dominados o de excluidos en lugar de proletarios, si con ello estamos diciendo lo mismo. En toda la historia de la lucha de nuestra clase hubo diversas expresiones y militantes que en lugar del término proletario solían usar otro. Hablaban de explotadores y explotados, dominantes y dominados, de opresores y oprimidos,

¹⁴ *Ibídem.*

de pueblo y burguesía. Y, sin embargo, se referían al mismo sujeto histórico, asumiendo su lucha, sus determinaciones y su programa. Lo comprendían como el mismo ser que se bate contra el capital desde hace siglos. Pero lo que el insurreccionalismo llama «excluido» es un sujeto nuevo que no se identifica con el proletariado,¹⁵ sino que, bien al contrario, surge tras la desaparición de éste y se le otorgan unas condiciones y determinaciones totalmente diferentes.

«Los excluidos y los incluidos. Los primeros son aquellos que permanecen marginados. Expropiados del proceso productivo y penalizados por su incapacidad de insertarse ellos mismos dentro de la nueva lógica competitiva del capital, no están muchas veces preparados para lograr los mínimos niveles de supervivencia que les puedan asignar los servicios asistenciales del Estado [...]. Por otro lado nos encontramos con los incluidos, aquellos que permanecen asfixiados en las “islas del privilegio”.»¹⁶

¹⁵ Incluso algunos insurreccionalistas que siguen hablando del proletariado lo hacen diferenciándolo del proletariado del pasado. Este nuevo proletario se amoldaría a las características del moderno sujeto del insurreccionalismo. Dicho de otra manera, se mantendría el nombre para un sujeto diferente.

¹⁶ A. Bonnano, *Análisis de un período de cambio*.

La vulgaridad sociológica es el método utilizado para definir estas nuevas clases. Sólo así se comprende que las grandes franjas de proletarios tiradas a la basura por el capital, infrautilizadas en la cadena de explotación, pasen a ser calificadas como una nueva clase, el excluido, mientras que otras que siguen siendo utilizadas y explotadas sean amalgamadas junto a todos los burgueses en la categoría del incluido. Aunque más sorprendente si cabe es que se le otorgue el papel potencial de revolucionario, no sólo al excluido, sino a las dos clases que se ha sacado de la manga el insurreccionalismo.

«Por otro lado nos encontramos con los incluidos [...]. Casi ciertamente podríamos afirmar que los rebeldes de este sector serán quienes sean los más despiadados ejecutantes del ataque al capital en su nueva forma. [...] Las nuevas oportunidades para las pequeñas, míseras y asquerosas libertades diarias serán pagadas por la profunda, cruel y sistemática discriminación hacia un vasto estrato social. Tarde o temprano esto engendrará el crecimiento de una conciencia de explotación dentro del estrato privilegiado, el cual no podrá fallar en causar rebeliones.»¹⁷

Es decir, como en el estrato privilegiado, en los incluidos, surge esa conciencia de explotación, re-

¹⁷ *Ibídem.*

sulta que nos encontramos con que las dos clases que forman la sociedad son potencialmente sujetos revolucionarios. ¡Tanto la clase que se beneficia de los privilegios, el incluido, como la que está marginada de ellos, el excluido, son los sujetos llamados a la revuelta! ¡*Chapeau!* Acabamos de presenciar la constitución de una nueva división de la sociedad en dos clases que sorprendentemente no tienen nada de antagónicas, sino que, todo lo contrario, ¡se confraternizan! Salta, por cierto, la razonable duda de preguntarse: ¿si no se enfrentan estas clases entre ellas, a quién demonios dispararán desde las barricadas?

Lo único que demuestra el atolladero en el que se ha metido el insurreccionalismo es la insostenibilidad de todo este tinglado. Los velos ideológicos se disipan y la cruda realidad vuelve a asomar. Si la subversión habita en el «alma» del excluido y en la del incluido no es por «el crecimiento de una conciencia de explotación» en ambas clases, es simplemente porque tras el marginado del suburbio más remoto, como tras el «privilegiado» que trabaja dentro del «castillo teutónico» se encuentra la misma contraposición al capital, por muy heterogéneas que sean coyunturalmente sus condiciones. Ahora bien, no todo incluido vive trabajando en ese «castillo teutónico», sino que hay, recordemos esto bien, quien vive de los que trabajan para él, y a este «par-

ricular incluido» no se le pasará por la cabeza ninguna idea subversiva, quizá porque tras esta figura se esconda también la burguesía que el insurreccionalismo quiso aglutinar junto a sectores proletarios, que él considera privilegiados en esa clase, producto de su imaginación, y que acabó, como no podía ser de otra manera, despedazada.

No es cosa nuestra seguir el desenvolvimiento ulterior de esta peculiar lucha de clases, donde ni hay clases ni hay lucha. Lo importante para nosotros es mostrar cómo estas clases sólo están en la cabeza del insurreccionalismo. Pero para esta ideología las premisas para su desenvolvimiento ya están echadas, el juego de manos se consumó independientemente de lo disparatado del asunto. Las antiguas clases sociales han dejado paso al escenario apropiado para introducir en él las nuevas armas para el combate.

Rechazo del programa de la revolución

«Cuando el proletariado anuncia la disolución del orden social existente, sólo expresa el secreto de su propia existencia, ya que él es la disolución de ese orden social universal.»

Karl Marx, *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*

Lo trágico de toda esta concepción es que conduce a los insurreccionalistas a romper con el programa de la revolución y con toda la experiencia histórica basándose en el cambio de las condiciones. Se hará tabla rasa con toda la lucha del pasado, así como con su proyección en el presente y en el futuro. La revolución y el revolucionario deberán actualizarse, les corresponde adoptar toda una nueva serie de concepciones y una metodología de lucha totalmente diferente a la del pasado. Una que se ajuste a los «nuevos» tiempos. El programa del insurreccionalismo se abrirá paso como la alternativa al programa del proletariado.

«Hoy no estamos en 1871, ni en los años treinta, ni en 1948, ni a finales de los 70. Estamos en una situación productiva industrial en profunda transformación, estamos en aquella si-

tuación que comúnmente viene definida con una palabra que por comodidad podemos utilizar también nosotros, “postindustrial”. Algunos compañeros, partiendo de este análisis, esto es, considerando las profundas modificaciones de la realidad productiva de hoy, han llegado a la conclusión de que determinados modelos revolucionarios del pasado, hoy no son utilizables más, por lo que es necesario encontrar caminos nuevos que no sólo se contrapongan a los modelos del pasado, sino que los nieguen en los hechos proyectando nuevas formas de intervención.»¹⁸

Adulterando el verdadero contenido del programa de la revolución,¹⁹ el insurreccionalismo se verá en disposición de escupir sobre todos los «programas» y reivindicar que no hay más programa que «el proyecto revolucionario discutido en los grupos de afinidad».

¹⁸ Intervención de A. Bonnano, *Actas del congreso anarquismo y proyecto insurreccional*.

¹⁹ No profundizaremos en las diferentes formas concretas bajo las que el insurreccionalismo falsifica el verdadero contenido del programa histórico de la revolución. Todo se resume en la identificación de éste con los modelos socialdemócratas (textos teóricos de tal o cual individuo, grupo o partido, principios que quieren amoldar el movimiento, decisiones de congresos...).

Lo que queda oculto en toda la fraseología insurreccionalista es el verdadero contenido del programa revolucionario. Su esencia destructora. Porque el programa de la revolución es ante todo un programa de destrucción, de negación de todas las condiciones existentes. La destrucción de la propiedad privada, del trabajo asalariado, del Estado, del aparato y el modo de producción capitalista, de la cárcel, la abolición de las clases sociales, la negación del país, la necesidad de imponer por la fuerza esta negación a todos los defensores del viejo mundo, la necesidad de organizarse en fuerza autónoma opuesta a todas las estructuras de Estado..., ese es el verdadero programa revolucionario, éstos son algunos de los aspectos fundamentales y al mismo tiempo invariables que el proletariado ha ido delimitando y transmitiendo de forma cada vez más nítida en cada batalla, y que contienen toda una amplia gama de implicaciones. Que el insurreccionalismo desconoce y potencia el oscurantismo sobre todo esto, es algo que queda sumamente claro cuando nos habla de «su programa».

«Nuestro programa lo ponemos continuamente en discusión. En pocas palabras, el mismo se resume en el proyecto insurreccional, pero no

hace de este proyecto una cosa rígida que debe ser respetada siempre y en toda ocasión.»²⁰

Bajo esta afirmación se deja al descubierto que no se entiende nada de nada. Sólo así se concibe que se trate como si fuera todo una cuestión de opiniones, como si se trataran de cosas flexibles, discutibles. Justo lo que interesa y alientan todos nuestros enemigos. Que todo admita discusión, que todo sea potencialmente variable para que las posiciones del enemigo se infiltren en nuestras filas. Pero el que discute si hay que enfrentarse o no al Estado, destruir o no la propiedad privada, votar o no votar, abolir o no el trabajo asalariado... será cualquier cosa menos un revolucionario. Y esto no lo pondrá en duda ningún insurreccionalista por su evidencia, pese a que su ideología lo impulsa a obrar en el sentido opuesto al proponer que se ponga en constante discusión la reapropiación programática. Algo que sólo puede servir a la contrarrevolución pues acaba por deshacerse en bloque de todo el programa revolucionario.

Porque de lo que se trata no es de discutir cuestiones inherentes a nuestra lucha, ni de inventar «nuevas» teorías. ¿Puede discutirse, por ejemplo,

²⁰ A. Bonnano, revista *Anarchismo*, nº 59 «*El trabajo del revolucionario*».

que el proletariado no tiene patria? ¿Puede discutirse sobre si la sociedad mercantil podrá coexistir con la humanidad sin explotación ni destrucción? De lo que se trata es de precisar de forma cada vez más nítida las implicaciones de los diversos aspectos de la revolución, de profundizar en todas y cada una de las determinaciones contenidas en la lucha subversiva del proletariado. Cada batalla, cada episodio de enfrentamiento profundiza y precisa sus diferentes aspectos. Si no se comprende esto se acaba cuestionando cualquier cosa. Las diferentes formulaciones escritas que se han ido haciendo sobre el programa revolucionario no pueden ser más que expresiones –siempre limitadas– de ese moviendo histórico que trata de profundizar en su ruptura con todo el viejo mundo.

Si el insurreccionalismo se permite decir todas estas barbaridades es porque no puede captar el verdadero programa de ninguna forma, pues tergiversa la propia historia de enfrentamientos que le da vida, al interpretar todo con lentes ideológicas. Ve el movimiento revolucionario –y por lo tanto su programa– no como producto de la lucha de clases, sino como producto de ideas, de «insurrecciones interiores», de pensamientos que por lo tanto están sujetos a la opinión, al cambio. Es así como parcializa en base a ideas al movimiento unitario del proletariado,

que si bien en su seno tuvo y tiene diferencias, rupturas formales, forma parte de una totalidad, de una clase que lucha por la abolición del capitalismo. No hace sino seguir la tergiversación que instauró hace muchas décadas la socialdemocracia consistente en escindir al movimiento del proletariado en anarquistas y comunistas, distorsionando totalmente lo que ambos términos significaron.²¹

De la mano de todas estas confusiones acabamos en un mundo en el que los revolucionarios surgen de la nada en mitad de un conflicto, simplemente porque en ellos ha prendido «la idea», porque han atravesado, como afirma Bonnano, una «insurrección

²¹ Pese a su importancia no podemos seguir profundizando en este aspecto pues nos desviaría del cometido del texto. Recordaremos simplemente que en el siglo XIX y principios del XX muchos sectores del proletariado se reivindicaban indistintamente del anarquismo y del comunismo. Que fue más adelante cuando nuestro enemigo consiguió deformarlo todo e incluso contraponer estas dos formas de definir una misma cosa. Consiguió que el comunismo y el anarquismo se asociaran a lo que no son: a los campos de concentración de la URSS el primero, y a una ideología filosófica o/y utópica el segundo. La tarea de confusiónismo desde numerosos ámbitos que se autodenominan anarquistas que no hacen más que amalgamar comunismo con leninismo, stalinismo, maoísmo, castrismo... ha sido una constante, más aun en las corrientes individualistas donde esta oposición (comunismo vs. individualismo) es resaltada hasta límites insospechados.

interior» que los lanza al combate a pecho descubierto. Se convierte todo en una nebulosa que destruye el puente con el pasado dejando atrás nuestra identidad, nuestra experiencia histórica, la reapropiación programática... Todo queda confiado a la acción inmediata de los rebeldes, a la acción directa de los valientes. El único ligazón con el pasado se establecerá a través de la ideología, de la idea –y por tanto de la alienación– y no de la lucha.

II

NEGACIÓN DE LAS TAREAS DE LOS REVOLUCIONARIOS

«La revuelta necesita de todo: diarios y libros, armas y explosivos, reflexiones y blasfemias, venenos, puñales e incendios. El único problema interesante es cómo mezclarlos.»

Ai ferri corti

Especialización en las tareas revolucionarias

«Todo acto revolucionario: escribir, publicar, organizar, luchar, etcétera, es más que un “instrumento” al servicio de un fin. No hay fórmula mágica para impedir la dinámica de autonomización. Hay que reconocer y conocer por lo menos este riesgo.»

Jean Barrot, *Violencia y solidaridad revolucionarias*

La primera cuestión que asume el insurreccionalismo tras haber liquidado como sujeto revolucionario al proletariado, así como a su programa, es delimitar las nuevas tareas de los revolucionarios, definir las actividades que se deben asumir para «avanzar hacia la revolución» bajo este nuevo escenario ideológico.²² Con el terreno despejado de trabas históricas puede exponer con total libertad su metodología, alejándose de las tareas que generacio-

²² Anotemos de pasada que el insurreccionalismo siempre es bastante oscuro al respecto, sobre todo porque confunde constantemente el qué hacer con el cómo hacerlo, reduciendo permanentemente lo primero a lo segundo. De ahí la frecuencia con la que cuando el insurreccionalismo nos dice que habla del qué hacer, está en realidad hablándonos del cómo hacerlo, de las organizaciones informales, etcétera.

nes pasadas de revolucionarios han asumido siempre en la lucha por la abolición de la sociedad de clases, acusándolas de no responder ya a las actuales exigencias de la lucha.

Si para los educacionistas todo el problema de la revolución queda reducido a la «educación de las masas», o para los propagandistas se trata de un tema de «concienciación del proletariado» o, por citar otro ejemplo muy de moda, para los formalistas organizativos se trata de extender «la forma organizativa por fin descubierta», para el insurreccionalismo todo el problema queda sintetizado en «la lucha insurreccional». Pese a que los proletarios que se autodenominan insurreccionalistas manifiestan la tendencia a la ruptura con todas esas ideologías pacifistas, como las educacionistas y propagandistas, que se dedican a despremiar y negar la necesidad de uno de los aspectos centrales de la revolución, la violencia revolucionaria y la insurrección, la ideología que los domina y que ellos mismos reproducen los lleva a abrazar una antítesis vulgar que conduce a reducir y someter todas las tareas revolucionarias al aspecto «insurreccional», descuartizando la totalidad de las tareas de los revolucionarios. Se fomenta así la parcialización y por tanto la especialización en el «trabajo insurreccional».

«Es a través de la acción y de aprender a actuar, y no de la propaganda, como abriremos camino hacia la insurrección, a pesar de que la propaganda tenga un papel importante en la clarificación de cómo actuamos.»²³

Toda esta especialización es incapaz de asumir las necesidades reales de la lucha que requieren un amplio campo de actividad y que por mucho que insista el insurreccionalismo siguen teniendo la misma vigencia que en el pasado. Así es, en la lucha histórica entre el proletariado y la burguesía se generan una serie de necesidades que son ineludibles para la victoria de uno u otro campo. Si para someter al proletariado y mantener a flote esta sociedad, la burguesía necesita reprimir, dividir, aislar, embrutecer, negar a su enemigo mediante toda clase de mecanismo, ocultar su dominación de clase..., el proletariado, por su parte, tiene otra serie de necesidades sin las cuales está condenado a perpetuar y reproducir su miserable condición: la necesidad de reconocerse como clase, de afirmarse como fuerza centralizada, de transformar sus derrotas en fuerza, de organizar

²³ Killing King Abacus, *Algunas notas sobre anarquismo insurreccionalista*.

Observemos de pasada que el insurreccionalismo quiere hacernos creer en todo momento que si no adoptamos su «metodología» sólo nos queda la propaganda.

la violencia revolucionaria, de concretar la insurrección, de conocer cómo llevar a cabo el proceso revolucionario...

De esta forma el balance de las derrotas del pasado, la propaganda, la organización, la agitación, la formación, la preparación insurreccional, la profundización y desarrollo de la crítica radical, la centralización internacional de las luchas... se convierten en tareas totalmente imprescindibles para satisfacer las necesidades que la lucha de clases exige. Es una condición *sine qua non* para la revolución. No se puede derrotar a la burguesía y destruir esta nauseabunda sociedad esquivando esta realidad.

Al insurreccionalismo le tiene sin cuidado esto al liquidar todas estas tareas o en el mejor de los casos someterlas a las supuestas «tareas insurreccionales»:

«Esta tendencia [la insurreccionalista] no se restringe tan sólo al hecho violento de la acción directa, sino que como el movimiento anarquista etapista también se dota de medios formales de propaganda pero a diferencia de los otros, tales medios sólo son herramientas para avanzar hacia el enfrentamiento así como profundizar en la lucha insurreccional de las masas.»²⁴

²⁴ *Cuestiones de organización, 31 tesis insurreccionalistas.*

Al escindir el aspecto insurreccional de todo lo demás y someter a éste cualquier otra cuestión, el insurreccionalismo acaba negando las propias tareas insurreccionales ya que sustraídas de la totalidad pierden el nexo que les da sentido. Se convierte todo en una caricaturización.

Fue así como al escindir el aspecto formativo, los educacionistas transformaron la formación del proletariado en algo pedagógico. Como si se pudiera instruir a los proletarios sentándolos en una silla leyendo libros y reproduciendo la separación burguesa profesor/alumno. Como si no fuera la lucha colectiva de su clase el modo en el que proletariado puede instruirse a diversos niveles. Asumiendo todos los aspectos de esa lucha, desde el estudio de su experiencia histórica a la participación en la preparación militar de la insurrección, desde la transmisión de experiencias entre generaciones a la estructuración organizativa de la lucha.

El insurreccionalismo hace lo mismo que el educacionismo salvo que en otro terreno: el de la «insurrección». Si éstos hacen de los revolucionarios unos *curas* de la «idea», aquélla los transforma en auténticos «Rambos» de la revolución. Se reduce de esta forma todo el qué hacer, toda actividad, al aspecto «insurreccional», lo que adultera y caricaturiza el propio contenido del «trabajo insurreccional» y

hace perder toda verdadera perspectiva global de insurrección identificando a ésta con la acción directa.

Pese a la lucha a brazo torcido que muchos insurreccionalistas despliegan, su ideología los impulsa a colocarse en un terreno ajeno a las necesidades de la lucha de nuestra clase. Es totalmente insuficiente para el proletariado, mejor dicho contrario al desarrollo de su lucha, especializarse permanentemente en una tarea específica, o incluso ocuparse de una en concreto en un momento histórico dado, para transcurrido ese momento ocuparse de otra. Tampoco es propio del desarrollo de la lucha repartir entre los revolucionarios roles a asumir: para unos el de propaganda, para otros el organizativo, para otros el militar... Más bien al contrario, todas estas tareas están indisolublemente unidas, o mejor dicho, tienen una naturaleza orgánica que hace que cada una contenga a las demás imposibilitando aislar sus elementos sin destruirlos.

Es cierto que las prioridades y el grado en el que se manifiestan cada una de estas tareas, viene dado por la correlación de fuerzas existentes entre las clases, pero esto no hace superflua ninguna función, sino que hace incrementar o disminuir el rango respectivo de cada una. Y si bien la violencia revolucionaria es una necesidad constante en todo momento, no posee la misma intensidad e importan-

cia en los períodos de paz social que en los revolucionarios. Mientras que en el primer caso se encuentra reducida su importancia por el sometimiento general del proletariado y queda subordinada a otras tareas (propaganda, agitación, balance, reapropiación programática...), en el segundo caso asumirá un papel central y concentrará gran parte de las energías revolucionarias, sintetizando y concretando en ella todas las demás tareas en los momentos insurreccionales.

Bajo la concepción insurreccionalista, la ruptura que esbozan algunos proletarios con todo el teoricismos, propagandismo y demás ideólogos de salón, acaba atrapada en una dinámica que hace de un aspecto que identifica con la insurrección su obsesión. Un momento de una práctica se atomiza y se convierte en el aspecto esencial, reorganizando todo a través de su propia lógica, distinta de la lógica del conjunto que destruye como tal. Numerosos proletarios se ven así arrastrados a una práctica que lejos de trazar una perspectiva revolucionaria traza un círculo sobre el que se da vueltas continuamente.

Inmediatismo

«Cuando el Estado nos impone un presente eterno, busca eliminar para siempre y hasta a nivel de idea la perspectiva revolucionaria.»

Revista *La Grieta*, Barcelona 1991

El resultado al que se llega siguiendo este camino es a la pérdida total de la perspectiva histórica de la insurrección, que siempre es algo social y no individual, y la adopción del inmediateísmo como bandera que se convertirá en uno de los pilares de esta ideología. En nombre de lo inmediato, de los «programas a breve plazo», las tareas de los revolucionarios quedan simplificadas a acciones de ataque inmediato contra el enemigo que no alcanzan a ver más allá de la esquina. Todo quedará sometido a este activismo, todo se reducirá a la acción más inmediata.

«Son las cosas a hacer, los programas a breve plazo, la gestión de lo público, lo que focaliza las discriminaciones. [...] la lucha no puede pasar ya a través de los mitos de la política, sino que debe entrar en la dimensión concreta de la destrucción inmediata del enemigo.»²⁵

²⁵ A. Bonnano, *El proyecto revolucionario*.

Queriendo desarrollar una crítica al inmovilismo paralizante del estalinismo, del «anarco»sindicalismo y sus variantes modernas, el insurreccionalismo acaba por reducir todo al accionar más inmediato. Es decir, la crítica a la famosa «espera revolucionaria» de la socialdemocracia se transforma en una apología del inmediatismo y de la ausencia total de perspectivas.

Si bien nada tenemos que objetar en cuanto a la crítica de la llamada «espera revolucionaria», del «etapismo», a la que nos sumamos, no como algo nuevo, sino como algo que siempre fue criticado por los revolucionarios como propio de la contrarrevolución, no compartimos por otro lado, ni mucho menos, que fueran expresiones proletarias las que reivindicaban esta espera. Siempre fue la socialdemocracia la que hablaba de esperar, de que no era el momento, de que no había que haber tomado las armas, de que las condiciones objetivas no estaban maduras... Las minorías revolucionarias, más allá de tal o cual debilidad que arrastraban, siempre denunciaron «la espera», lo de que las condiciones no estaban dadas, como factor fundamental que impide al proletariado ir a por el todo.

Lo trascendental de todo esto es que la crítica al «etapismo» sirve como justificante para romper con la experiencia histórica, con la perspectiva, con la

valoración del balance de fuerzas, con la estrategia, con el programa. Se discute por y para la acción inmediata, se realiza tal acto enmarcándolo en un contexto inmediato, toda actividad teórica es calificada de inútil si no desemboca acto seguido en acción. La única perspectiva que se dibuja es extender lo que ellos llaman «insurrección» en base a ese inmediatismo, lo que acaba convirtiendo todo en mero activismo.

Todas las acciones y los escritos, incluso la organización entre compañeros, responderá fundamentalmente a criterios inmediatos y esporádicos, y el único plan necesario para lograr que la revolución avance se reduce a un planoseudomilitar.

Esta concepción inmediatista de las tareas a asumir se contrapone totalmente a lo que los revolucionarios hemos defendido siempre: la lucha por el comunismo es un proceso histórico, que contiene el pasado, el presente y el futuro como momentos de su existencia. Aislar y separar esos diversos momentos corresponde a concepciones antidialécticas, parcializadoras y limitadas. Sin comprender que lo que somos en el presente se halla inseparablemente unido a lo que somos históricamente, sin comprender que el futuro se realiza en el presente, estamos vendidos al enemigo. Para nosotros, el pasado no es algo que haya dejado de existir en el presente. Igual

que el cadáver de un ser vivo en su descomposición bajo la tierra la nutre y enriquece, transformándose en parte de sus elementos, la lucha proletaria del pasado incorpora sus logros y fracasos en la lucha del presente, transformándose en fuerza actuante. Del mismo modo, el futuro no es un simple aparecer inactivo, algo así como la aparición del día o de la noche, no se trata de un suceso sustraído del presente que espera su aparición, es necesariamente el movimiento del presente.

De ahí la necesidad de extraer las lecciones sobre los errores y aciertos de las luchas del pasado, la necesidad de plantear las limitaciones que nuestra clase tuvo y los puntos de ruptura que desarrolló, la necesidad que el pasado se fusione y actúe como fuerza en el presente, y la necesidad también de afrontar la lucha de cara al futuro, con perspectiva, sabiendo que lo que hacemos hoy forma parte también de la lucha de mañana.

En este sentido, el proceso revolucionario en Rusia en 1917, en Alemania en 1918-1919 o en España en los años treinta, por citar tres ejemplos destacables, poseen un incalculable valor para la lucha revolucionaria del proletariado. No por sus logros inmediatos, pues en lo que a esto respecta su fracaso fue notorio, pero sí por todo lo que nos han dejado de experiencia y de lecciones, desenmascarando

enemigos infiltrados, descartando falsos senderos, abatiendo ilusiones e ideologías. Sus logros residen en que sus derrotas perfeccionan las armas revolucionarias que abatirán a la burguesía y cualquier rastro del mundo de la mercancía.

Desgraciadamente, los proletarios que abrazan el insurreccionalismo esquivan esta realidad, lo que nos lleva de cabeza a la no recuperación de la memoria histórica. Como si de una maldición se tratara, el proletariado se vería obligado, una y otra vez, en cada ocasión y en cada acción (en realidad, como por desgracia muchas veces ocurre), a reproducir los mismos errores, a plantear las mismas limitaciones, las mismas faltas de ruptura con la socialdemocracia y el capital. Nada se aprende, nada se recuerda.

Si los revolucionarios nos organizamos, entramos en contacto con otros grupos y coordinadoras, preparamos acciones y escritos no es con la mira puesta en la actualidad más inmediata, sino como parte del desarrollo de la lucha cuyo objetivo es transformar la realidad, combatir el presente y abolir el futuro que la burguesía nos tiene preparado.²⁶ Y lo

²⁶ Y este cambio de rumbo sólo puede ser algo colectivo, de clase. No se trata de algo individual como afirma constantemente en diversos escritos el insurreccionalismo: «El Estado pretende que mi futuro esté ligado a una familia, una hipoteca, un salario y un sinfín de cosas que me aten y apacigüen socialmente, yo,

que perseguimos no es sólo la explosión social o la insurrección –y mucho menos el desarrollo de pequeñas acciones–, sino la abolición del capital, objetivo que no se consigue sólo apedreando un banco, o tomando la calle, o quemando los archivos de propiedad, o el sillón presidencial, hay que ir mucho más allá de estas sanas e imprescindibles prácticas y desarrollar un complejo proceso revolucionario internacional, que tendrá avances y retrocesos.

Lo que distingue al hombre de las cosas, lo que le permitiría romper con su estado de cosa en la sociedad, sería el poder reconocerse en su medio ambiente, el poder situarse en el tiempo y en el espacio, es decir, reapropiarse del tiempo, del espacio, del medio ambiente. Efectivamente, sin estas relaciones con la vida que nos rodea, y en primer lugar con los otros hombres, como pasaje obligado de la reapropiación de nuestro pasado y futuro, se nos reduce al estado de objetos.

en cambio, voy a hacerle la guerra, y por lo tanto veo un futuro lleno de rebeldía, libertad, clandestinidad y dignidad». Lo individual sólo adquiere carácter revolucionario si está englobado en lo colectivo, mejor dicho, si pierde su carácter personal para ser expresión de una comunidad de lucha. Por eso nuestro esfuerzo militante es algo colectivo, que forma parte de la comunidad de lucha, de una clase histórica que lucha por el fin de toda la sociedad dividida en clases.

La inmediatez, es decir, la discontinuidad en base a la ausencia de referencias en el tiempo y en el espacio, que hace que la realidad dialéctica, en movimiento, que tiene un pasado, un presente y un futuro, desaparezca en beneficio de nuestras creencias, en nuestras proyecciones mentales, que tiende a sustituir la realidad, produce autodestrucción y muerte. Esto lo han comprendido perfectamente los verdugos y torturadores, por ello han intensificado y generalizado la utilización de la tortura blanca (la que justamente suprime toda referencia de espacio y tiempo a través de un ambiente indiferenciado: luz artificial las horas del día, a través de cámaras únicamente, prohibición de toda visita, ausencia de objetos, muros blancos con ángulos redondeados, etcétera) para destruir más hábil y atrozmente nuestra resistencia.

La burguesía organiza cada vez más racionalmente este «olvido» de nuestro pasado y nuestra atomización con respecto a los otros proletarios: destrucción de la memoria colectiva, organización del olvido sistemático, ocultamiento y, cuando no es posible, falsificación de la historia de nuestra clase, de sus luchas (confiesa así el terror que siente de verse enfrentada una vez más a las fuerzas que la aniquilarán). Y así, como no hay nada más normal que la burguesía trate de esconder la historia proletaria, es normal que el proletariado luche por desenterrar su historia, por hacerla conocer, puesto que sólo así podremos superar

en la lucha los errores del pasado para evitar repetirlos.

Extraído de la revista *La Grieta*, Barcelona, 1991.

Guiado por su activismo el insurreccionalismo acaba creyendo que la insurrección sería el resultado, no de las luchas proletarias, de la confluencia de esas luchas, sino de esas «acciones de ataque», de la acción directa²⁷ de esas minorías concretas que transformarían las luchas en insurrección.

«Entonces, intervención ágil con objetivos incluso limitados, capaces de golpear preventivamente el mismo objetivo que el excluido se prefije. Organización entonces que esté en grado de estar en la realidad de sublevación subversiva en el momento en el cual ésta se verifica para poderla transformar en realidad objetivamente insurreccional, indicando objetivos, medios y conclusiones constructivas. Esto es el trabajo insurreccional. Otros caminos hoy no pueden ser recorridos. [...] como revolucionarios anarquistas, estamos obligados a tener en cuenta esta línea de desarrollo y entonces prepararnos desde hoy, a transformar las situa-

²⁷ Queremos precisar que la acción directa tiene un contenido mucho más amplio que el que le da de forma general el insurreccionalismo. La acción directa hace referencia a toda práctica que se concrete sin mediación alguna.

ciones irracionales de sublevación en la realidad insurreccional y revolucionaria.»²⁸

Pese a que efectivamente la acción de las minorías revolucionarias es siempre una necesidad para el proletariado, pese a que la violencia minoritaria es pieza esencial e indispensable en todo el proceso y desarrollo insurreccional, considerar las situaciones de sublevación de lo que ellos denominan «excluidos» como irracionales, que sólo se transforman en realidad insurreccional y revolucionaria gracias a la acción práctica de esas minorías insurreccionalistas, es desconocer y despreciar no sólo el movimiento histórico de nuestra clase y sus expresiones, sino las leyes esenciales de la insurrección y su preparación.

Toda esta concepción es llevada hasta sus últimas consecuencias cuando desde sectores autodenominados insurreccionalistas todo el qué hacer queda reducido al sabotaje a la par que se caricaturiza esa práctica fundamental que es el sabotaje. Y lejos de ser una degeneración de las concepciones insurreccionalistas, no es más que la conclusión lógica de esa concepción nefasta de las tareas revolucionarias. Es la confesión abierta de la ideología que muestra

²⁸ Intervención de A. Bonnano, *Actas del congreso anarquismo y proyecto insurreccional*.

en la práctica toda su crudeza y desarrolla las miserias que a duras penas escondía en la teoría.

«En un mundo como el que se está consolidando bajo nuestros ojos, donde el capital informático está ya acoplado definitivamente a las condiciones del control y del dominio, a un nivel de totalidad sin precedentes, aplicando una tecnología que no podrá ser nunca usada de un modo diferente que para mantener este dominio, el sabotaje vuelve a ser el arma clásica de lucha de todos los excluidos.»²⁹

²⁹ A. Bonnano, *Nueva 'vuelta de tuerca' al capitalismo*.

Militancia revolucionaria

«La esencia de la praxis revolucionaria es por el contrario asumir todas las tareas y necesidades del movimiento y esto, claro está, teniendo en cuenta la relación de fuerzas y las prioridades que ésta determina. Todas estas tareas deben ser asumidas poniendo siempre por delante los intereses históricos y mundiales del movimiento, determinándose no en relación con situaciones contingentes e inmediatas, sino siempre en relación con la totalidad, con el comunismo.»

Grupo Comunista Internacionalista,
«Presentación» a las *Tesis de orientación
programática*

El insurreccionalismo pasa de puntillas por las verdaderas necesidades de la lucha para hacernos creer que a quien no se pliega ante su práctica inmediatista sólo le queda cruzarse de brazos esperando a que alguna trompeta le avise de que ha llegado el momento de tomar el fusil. Nada más lejos de la realidad. Los revolucionarios no son ni los *Rambos*, ni los profesores, ni mucho menos los *dioses* de la revolución. Aunque en tanto que expresión más clara y decidida de su clase, ostentan un papel esencial en

todo el proceso revolucionario, no por ello podemos afirmar que con su acción consciente y voluntaria se pueda generar la revolución. Ni mucho menos. Por eso frente al insurreccionalismo que reduce a los revolucionarios al rol de «forajidos», nosotros defendemos la militancia revolucionaria que asume todas las tareas que exige el movimiento.

Ahora bien, esa militancia revolucionaria que reivindicamos no tiene nada que ver con ese militan-tismo socialdemócrata que crea una separación entre la actividad «subversiva» y la vida cotidiana. Para estos seudorrevolucionarios la actividad militante consiste en suspender temporalmente su miserable vida cotidiana para revolotear por círculos subversivos, para descargar allí todo su repertorio «radical» y sus poses, para ser los grandes profesionales de las asambleas, para participar en algún evento o proyecto, y acto seguido, al llegar la aguja del reloj a la hora de la retirada, guardar todo su «arsenal» en la maleta para regresar tranquilamente a su apacible vida bajo el capital.

Algunos tratan de limpiar así su propia mala conciencia limitándose a estar informado de resistencias, a acudir a manifestaciones y fiestas solidarias o a escribir con actitud intelectual. Quizá alguien pueda pensar que esto es más sano que ser un ciudadano sumiso durante las 24 horas, pero está fuera de toda

duda que es totalmente insuficiente para el fortalecimiento de la subversión contra el Estado.

Una segunda forma, menos sistemática pero más práctica, de este militanismo socialdemócrata, trata de ahuyentar al proletariado de todo movimiento revolucionario, haciéndole ver que frente a esa separación alienante entre militancia/vida cotidiana, la alternativa debe ser el rechazo de la militancia a favor de una actividad ligada a la transformación en la vida cotidiana. Pero por transformación en la vida cotidiana no entiende, ni mucho menos, la transformación social, que sólo puede alcanzarse por vía revolucionaria, sino simples reformas y cambios en los hábitos de la vida cotidiana, susceptibles de implantarse sobre la corteza capitalista sin el menor trastocamiento de la realidad social.

En realidad se trata de la otra cara del militanismo socialdemócrata, su antagonismo vulgar, que reproduce las mismas miserias. Y si bien es cierto que los que hablan de revolución y de lucha de clases desprendiéndola de la vida cotidiana tienen un cadáver en la boca, los que hablan de transformar la vida cotidiana en pleno capitalismo sin lucha de clases, sin que medie para ello una revolución social que destruya las condiciones existentes, son un cadáver viviente.

Pequeños funcionarios de la «militancia» los primeros, reformadores de la vida cotidiana los segundos, ambos se caracterizan por negar la esencia de la militancia revolucionaria que si por algo se caracteriza es por estar basada en la praxis (teórico-práctica) organizada, por comprender, como hemos expuesto más arriba, la necesidad de tomar a su cargo, dentro de sus posibilidades, la totalidad de las tareas que exige el enfrentamiento, asumiendo la necesidad de organizar la vida en función de la lucha contra el capital. Esto es fundamental y provoca temblores entre la burguesía.

Frente a todas las parcializaciones y todas las desfiguraciones del rol a asumir por los revolucionarios, la militancia revolucionaria afirma su actividad como totalidad organizada. Ser revolucionario no significa tener un rol más que encarnar, no significa ser un activista armado ni un evangelista de la idea, sino determinar toda la existencia por la lucha. Significa luchar en todo momento contra la separación entre la vida cotidiana por un lado y la militancia por el otro, significa negar la separación entre teoría y práctica, entre individuo y comunidad de lucha, denunciar a los curas de la militancia, a los hedonistas, denunciar a todos esos que esperan el «gran día de la revolución» para comprometerse de verdad y a los que, pretendiendo romper con estos últimos, se

sumergen en el inmediatismo. Se trata de defender la perspectiva revolucionaria en todos los ámbitos de la vida,³⁰ luchar permanentemente contra todos los aspectos del capitalismo, intensificando y organizando las rupturas contra todas las estructuras del Estado allí donde emerjan.

³⁰ Por supuesto siempre en términos relativos, de lo contrario seríamos unos suicidas. Bajo la paz social capitalista los revolucionarios no tienen más remedio que aceptar situaciones en las que no pueden asumir su verdadera naturaleza, ya sea por una cuestión de seguridad o de supervivencia. De hecho en ocasiones, la lucha por la no separación entre «vida cotidiana»/militancia revolucionaria, implica esconder totalmente la verdadera vida (militancia) revolucionaria.

III

LA INSURRECCIÓN CARICATURIZADA

«La insurrección es, ante todo, un gigantesco drama. En ella el proletariado se juega toda su vida. Pero, por otra parte, ¿qué es si renuncia a la insurrección?»

E. Lussu, *Teoría de los procesos insurreccionales contemporáneos*

«La fuerza de una insurrección es social, no militar. El criterio para evaluar el alcance de una revuelta generalizada no es el choque armado, sino más bien la amplitud de la parálisis de la economía, de la toma de posesión de lugares de producción y de distribución, de la gratuidad que quema todo cálculo, de la deserción de las obligaciones y de los roles sociales; en resumen, el trastocamiento de la vida.»

*Ai Ferri Corti*³¹

Todo cuestionamiento de la sociedad capitalista, toda tentativa de transformación social, no tiene otra

³¹ Habrá quienes se sorprendan por las diversas citas de *Ai Ferri Corti* que aparecerán a lo largo de este capítulo para fortalecer nuestra crítica a la concepción sobre la insurrección de la ideología insurreccionalista. Si bien es cierto que ese texto está influenciado por la ideología insurreccionalista y contiene, desde nuestro punto de vista, diversas contradicciones y debilidades de las que no podemos ocuparnos, no es menos cierto que lejos de minimizar la insurrección como hace la ideología insurreccionalista, la explica y la afirma con toda su fuerza y potencia, aportando una crítica muy valiosa contra el politicismo y el gestionismo. Por ello y por ser un texto que, en su momento, trató de romper el cerco del pacifismo, el cooperativismo y el «anarco»sindicalismo, lo consideramos una herramienta de nuestra clase, un mensaje subversivo traducido a muchos idiomas, un grito internacionalista y revolucionario.

forma de afirmarse que mediante la violencia. La propia naturaleza despótica y violenta del capitalismo, el terror burgués manifestado por todo tipo de medios y agentes para imponer, mantener y reproducir la explotación y la paz social en una sociedad en la que no se puede vivir, sólo puede ser respondido, cuestionado y vencido por un movimiento revolucionario que utilice conjuntamente el arma de la crítica y la crítica armada. Un movimiento que luche por imponer la dictadura de las necesidades humanas a las de la economía capitalista.³² Por ello la transformación social será un proceso revolucionario que contendrá en su seno un vasto número de insurrecciones, más o menos radicales, cuya meta no podrá ser otra que triunfar mundialmente –la revolución será internacional o no será–, y dar paso a una sociedad sin clases, sin Estados, sin dinero... el comunismo, la anarquía.

Aunque la ideología insurreccionalista subraya esta realidad y pretende romper con la práctica del

³² Históricamente esto siempre fue definido por los revolucionarios –se autodefinieran comunistas o anarquistas– como dictadura del proletariado. Hoy la contrarrevolución es tan fuerte que ha conseguido asociar este término, utilizado en el pasado por los revolucionarios, a su contrario: a la dictadura del capital adornada con banderas rojas, al terrorismo contra el proletariado, a esos campos de concentración que fueron la URSS.

gestionismo y el politicismo en tanto que ideologías que niegan la necesidad de la insurrección proletaria, acaba dándose la mano con ellos al colaborar en la negación de esta fase imprescindible de la lucha. Lo hacen ante todo al caricaturizar la potente realidad que significa una insurrección. Nos llaman sin titubeo a la insurrección individual, a especializarnos en el «trabajo insurreccional», a la insurrección permanente, es decir, no consideran la insurrección proletaria como una fase de la lucha social entre el proletariado y la burguesía, entre defensores del capitalismo y explotados de ese sistema que luchan por dejar de serlo, fase en la que se concentran y se enfrentan abiertamente las contradicciones históricas de estas clases y donde, por encima de todo, el proletariado plantea la cuestión del poder y de su destrucción. En lugar de ello la reducen a la acción directa específica que ejercen ciertos proletarios, a una lucha continua, o en el mejor de los casos es asimilada a pequeñas revueltas.

«Es ésta la condición general que es necesaria tener presente cuando hablamos de insurrección. Nosotros, anarquistas insurreccionalistas y revolucionarios, nos referimos a una condición en acto, no a cualquier cosa que debe todavía llegar, que esperamos que llegue pero de la cual no estamos seguros. Ni siquiera nos es-

tamos refiriendo a un modelo lejano en el tiempo, que como soñadores tratamos de reconstruir ignorando las grandes transformaciones presentes.»³³

Es decir, para el insurreccionalismo la insurrección es algo presente en la vida cotidiana, una opción de vida elegida por los insurreccionalistas. Nada que tiene que llegar, nada que tiene que desarrollarse con la agudización de las contradicciones y los enfrentamientos de clase, simplemente es el resultado de la acción del individuo. La insurrección es asociada a cualquier cosa menos, precisamente, a su auténtica naturaleza de desestabilización de todas las estructuras del capital.

Bajo estas premisas es lógico que se acabe reproduciendo el culto a la violencia en sí y el mito de la acción ejemplar. Como si la violencia y el aumento de la tensión nos acercasen a la revolución y tuvieran alguna garantía por sí solas, cuando la violencia es un simple medio que sólo adquiere contenido revolucionario cuando es acción proletaria contrapuesta al capitalismo y su Estado. La violencia y la lucha armada no aportan garantía alguna por sí mismas.

Ni siquiera la ejecución de un determinado número de enemigos garantiza avance alguno en la

³³ A. Bonnano, *Nueva 'vuelta de tuerca' al capitalismo*.

transformación social. Algunos militantes influenciados por el insurreccionalismo explican hoy la lucha que se desarrolló en Italia en los años setenta enumerando las bajas compañeras y las del enemigo. Pensaban, y siguen pensando, que cada policía, torturador, reaccionario o agente del Estado que caía era un gran avance hacia la revolución. Se trata de una visión guerrillerista de la lucha de clases como si ésta fuera una especie de carrera militar.

Como sustento de sus posiciones y elevado a principio sagrado, se defiende la famosa teoría de la invulnerabilidad de los conspiradores frente a la vulnerabilidad de la masa. Sin embargo, el Estado ha reprimido y reprime tanto a individuos armados y a grupos formales o informales como a las masas proletarias insurrectas, lo que no hace sino demostrar la falsedad de esta teoría. Desde luego al Estado lo que le interesa siempre es convertir la guerra de clases en guerra entre aparatos (Estado contra grupos, individuos...), lo que favorece siempre su cohesión. Sabe que por muy potente que sea una organización armada, o por muy difusa que sea la acción de grupos informales, el Estado siempre será el aparato más potente e internacional y acabará imponiéndose.

Como decíamos, el insurreccionalismo acaba dándose la mano con el gestionismo y el politicismo que no son más que variantes socialdemócratas con-

tra la insurrección proletaria, sea sorteándola mediante la primera, sea vaciándola de su naturaleza revolucionaria como la segunda.

La ideología gestionista no ve necesaria ninguna fase insurreccional porque tampoco ve necesaria ninguna revolución para cambiar la sociedad. Según las distintas corrientes de esa misma ideología, el cambio se producirá por contagio entre «espacios liberados», por cooperativas de trabajo y consumo, por el control obrero de la producción, por educacionismo o por mero evolucionismo y desgaste del capitalismo. La frase de «cambiar el mundo sin tomar el poder» de los Holloway o Negri, que para nosotros enmascara la consigna «cambiar el mundo sin destruir el poder» o «cambiar el mundo sin revolución», será uno de los pilares de dicho pensamiento. La ideología decrecentista y antiglobalizadora, que nosotros englobamos en el gestionismo, insiste en que hay que olvidarse de la cuestión insurreccional y nos emplaza a gestionar recursos y energías no contaminantes. Acabamos por llegar al extremo en el que se nos dice que la solución a todos nuestros problemas consiste en cambiar nuestros hábitos y gestionar la vida de forma diferente.

Pero los proletarios no tenemos nada que autogestionar salvo nuestra propia negación como proletarios en el proceso revolucionario. No se trata de

autogestionar los medios de producción existentes, cuestión que no conduce más que a mantener la reproducción de la explotación capitalista bajo otras formas; ni de pretender crear «espacios liberados» en pleno capitalismo, que es como pretender crear zonas libres dentro de los muros de las prisiones; de lo que se trata es de destruir de arriba abajo todo el entramado capitalista y sus centros productivos, que no han sido creados más que como centros de producción de capital, se trata de, en total oposición al gestionismo, realizar «una obra de demolición urgente» mediante una fase insurreccional que tendrá que afirmarse mundialmente. En el texto de *Ai ferri Corti* se expresa con nitidez esta cuestión.

Muchos libertarios piensan que el cambio de la sociedad puede y debe acontecer gradualmente, sin una ruptura repentina. Por eso hablan de «esferas públicas no estatales» donde elaborar nuevas ideas y nuevas prácticas. Dejando de lado los aspectos decididamente cómicos de la cuestión (¿dónde no hay Estado? ¿Cómo ponerlo entre paréntesis?), lo que se puede percibir es que el referente ideal de estos discursos sigue siendo el método autogestionario y federalista experimentado por los subversivos en algunos momentos históricos (la Comuna de París, la España revolucionaria, la Comuna de Budapest, etcétera). El pequeño pormenor que se descuida, sin embargo, es

que la posibilidad de hablarse y de cambiar la realidad, los rebeldes la han tomado con las armas. En definitiva, se olvida un pequeño detalle: la insurrección. No se puede descontextualizar un método (la asamblea de barrio, la decisión directa, la conexión horizontal, etcétera) del marco que lo ha hecho posible, ni mucho menos enfrentar esto contra aquello (con razonamientos del tipo «no sirve atacar al Estado, se necesita auto-organizarse, concretizar la utopía»). Aun antes de considerar, por ejemplo, qué han significado –y qué podrían significar hoy– los consejos proletarios, hace falta considerar las condiciones en las cuales nacieron (1905 en Rusia, 1918-1921 en Alemania y en Italia, etcétera). Se ha tratado de momentos insurreccionales.

Extraído de *Ai ferri Corti*

Por su parte, la ideología politicista, aunque no niega la necesidad de la insurrección, la vacía de todo contenido revolucionario para estamparle el sello burgués de la reforma. Considera la insurrección mera palanca para cambiar la jeta del Estado e iniciar una serie de reformas. Esto no significa más que la transformación de la insurrección en mero instrumento para la reforma. Se moderniza la composición del Estado cambiando a unos burgueses por otros, en ocasiones utilizando un lenguaje radical y

utilizando líderes «rojos» y/o estética guerrillera, para encuadrar mejor la revuelta.

Para los politicistas, la «insurrección» es lo que acompaña, y a veces garantiza, a un partido o una guerrilla, la posibilidad de gobernar y decretar sus medidas populares. Otras expresiones de la misma ideología piensan que estos decretos o gobiernos populistas pueden darse a través de elecciones o referéndums, y alcanzarse la tan manida y embustera transición pacífica al socialismo.

«Ninguna guerrilla, por más eficaz que sea, puede sustituir a este grandioso movimiento de destrucción y de transformación. La insurrección es el leve emerger de una trivialidad: ningún poder se puede regir sin la servidumbre voluntaria de quien lo padece. Nada mejor que la revuelta revela que son los mismos explotados quienes hacen funcionar la máquina asesina de la explotación. La interrupción extendida y salvaje de la actividad social desgarrar de un golpe el velo de la ideología y hace aparecer las verdaderas relaciones de fuerza; el Estado se muestra entonces como lo que es. [...] Los explotados no hacen más que descubrir una fuerza que siempre han tenido, terminando con la ilusión de que la sociedad se reproduce por sí sola o de que algún topo excave por ellos. Ellos son insurgentes contra su propio pasado de obediencia.»

Extraído de *Ai ferri Corti*

Las últimas tendencias del insurreccionalismo pasan por fusionar estos dos aspectos ideológicos, el gestionismo y el politicismo, por medio del *comunalismo*.

«Si ya hemos llegado a esta fase de la evolución individual, estamos entonces capacitados para el paso siguiente, que consiste en la búsqueda de los que piensan como nosotros en el mundo entero... y me da que son muchos..., después, una vez conectados, los más interesados podrían montar una pequeña comunidad para ver si somos capaces de vivir juntos intercambiando experiencias de vida. Por nuestra propia naturaleza rebelde sabemos que no nos permitirán vivir allí para siempre como si se tratase de una isla paradisíaca, olvidándonos del resto del mundo, nuestra obligación será, a pesar de la experiencia que estamos viviendo, la de no olvidarnos de que en el mundo siguen las injusticias, y que habrá que estar presente de alguna forma. Hay que tener un lugar donde nadie nos pueda molestar y la mejor opción sería comprar tierras. [...] Me diréis que para un proyecto así se necesita dinero..., bueno, los bancos tienen mucho que les sobra y será un verdadero placer quitárselo. [...] Por supuesto, no es la solución definitiva, simplemente es un

experimento que seguro nos aportará más ideas para el futuro que tenemos pensado.»³⁴

Todo el proceso de desorientación y de falta de perspectivas revolucionarias de la ideología insurreccionalista acaba llevando a militantes combativos como Claudio Lavazza a abrazarse a ese tipo de proyectos, fusionándose con la nueva moda de las «comunidades armadas». En libros como *La insurrección que viene*, del Comité Invisible, se reivindica la fórmula «forma una comuna y desde ella combate el capital». Dejaremos la contestación tajante que realizan unos compañeros:

«Extender el concepto de comuna a todas las manifestaciones rebeldes y equiparar su suma a una insurrección, como hace el Comité Invisible, es una salida instrumental para soslayar la cuestión y hacer que su eslogan publicitario sea acogido por todas partes [...]. 'No tenemos nada que objetar ante el hecho de que algunos compañeros busquen organizar su vida como quieran y saquen el mejor partido posible de las circunstancias en las que se encuentran. Pero protestamos cuando las formas de vida, que no son y no pueden ser más que adaptaciones al sistema actual, se quieren presentar como algo anarquista o, peor, como medios de transformar la sociedad sin recurrir a la revolución.' (Malatesta).»

³⁴ C. Lavazza, *Autobiografía de un irreductible*.

«[...] En *La insurrección que viene* se preguntan: “¿Por qué las comunas no habrían de multiplicarse hasta el infinito? En cada fábrica, en cada calle, en cada pueblo, en cada escuela. ¡Por fin el reino de los comités de base!”. La respuesta a este interrogante es una evidencia fácilmente constatable en Tarnac el 11 de noviembre de 2008: la policía que viene. Sin ninguna originalidad, el Comité Invisible remastica las viejas ilusiones de los años setenta sobre la “Comuna Armada”, esto es, una comuna que no se encierre en la defensa de su propio espacio liberado, sino que dirija al ataque al resto de espacios que permanecen en manos del poder. Sólo que esto no es realizable por al menos dos razones. La primera es que, fuera de un contexto insurreccional, una comuna vive en uno de los intersticios que la dominación ha dejado vacío. Su supervivencia depende de su inofensividad. Cultivar calabacines en huertos biológicos, cocinar pasta para comedores populares, curar enfermedades en ambulatorios autogestionados, hasta ahí todo bien. A veces es útil que alguien remedie las carencias de los servicios sociales, y en el fondo vienen bien áreas de aparcamiento de marginados lejos de los resplandecientes escaparates de los centros urbanos. Pero en cuanto se sale en busca del enemigo, la cosa cambia. Tarde o temprano la policía llama a la puerta y la comuna se acaba, o por lo menos, se redimensiona. ¡Y pretenden “adelantar” a la metrópolis! Todas las comunas que han ido contra lo existente han tenido una vida breve.

El otro motivo que frustra el intento de generalización de las “Comunas Armadas” fuera de la insurrección es la dificultad material a las que se enfrentan este tipo de experiencias [...], los integrantes de la comuna casi siempre se ven obligados a dedicar todo su tiempo y energía a su “funcionamiento” interno.»

Extraído de *La insurrección y su doble. Consideraciones sobre la insurrección que viene*³⁵

Frente al gestionismo y el politicismo defendemos la insurrección. Defendemos la insurrección porque defendemos la revolución y defendemos la revolución porque defendemos el comunismo. Pero eso no significa, ni mucho menos, que la única violencia efectiva sea la que se desarrolla durante la insurrección, ni que la única que debemos defender es la llevada de forma generalizada por la clase. En ningún caso planteamos o queremos insinuar que criticamos el insurreccionalismo por su actividad destructora de los bienes del capital o por sus ataques a los gestores del Estado. Por el contrario, para nosotros estas acciones, como en general cualquier acción realizada por el proletariado en su lucha contra el capital, forman parte de la lucha proletaria, del comunismo, de la humanidad respondiendo a la tira-

³⁵ Recomendamos la lectura de este texto que sintetiza una buena crítica a la ideología de las «comunas armadas».

nía de la economía. El problema surge cuando de estas acciones se hace bandera y se proclaman el sùmmum de la «lucha insurreccional», desvirtuando el contenido, la fuerza y la crítica demoledora que la insurrección supone. Los compañeros del Grupo Comunista Internacionalista sintetizan bien esta cuestión en el siguiente extracto de su revista.³⁶

«La apropiación y/o destrucción de las mercancías particulares es un acto elemental de toda revuelta proletaria. Como ataque a la propiedad privada y como acto de protesta, siempre fue parte de toda revuelta, pero no es un acto de destrucción de la mercancía. La mercancía no se puede destruir atacando físicamente la cosa, sino que hay que destruir su otro polo, el valor; no se la puede abolir atacando su inmediatez como objeto, para abolirla es imprescindible destruir la forma social de la cual es esencial. Entre esta expresión elemental de rechazo al capitalismo y la destrucción del capitalismo falta ni más ni menos que lo fundamental: la revolución social misma, la insurrección proletaria, la dictadura revolucionaria del proletariado, la destrucción despótica del mercado, “de la igualdad, la libertad, la fraternidad” que le son inherentes, la demolición de la propiedad privada, la democracia, la ley del valor y, con ello y de forma abso-

³⁶ Extraído de *Comunismo* n° 47, «Contra las cumbres y anticumbres».

lutamente imprescindible, la organización de la producción social en función de las necesidades humanas.»

Condenar o rechazar la violencia minoritaria que materializa el proletariado bajo la justificación de que sólo es efectiva o útil la «violencia de la clase en su conjunto» es situarse en el campo del enemigo, es defender la ideología antiterrorista del Estado, que no es otra cosa que el monopolio de la violencia por parte del capital. Hoy, como ayer, compañeros como los Roscigna, los Max Hölz, los Socialistas Revolucionarios de izquierda en Rusia a inicios del siglo xx o el MIL en España, hay numerosos ejemplos de violencia revolucionaria efectuada por minorías militantes. El factor cualitativo de estos grupos del pasado es que además supieron asumir el ejercicio de la violencia revolucionaria como parte integrante de la totalidad de la lucha del proletariado y comprendían perfectamente la insurrección como una fase de la lucha de clases. Por todo ello, insistimos, nuestra crítica destructora se lanza no contra la violencia, por muy minoritaria que ésta sea, sino contra las ideologías nefastas que arrastran algunos proletarios que la ejercen.³⁷

³⁷ Incluso acciones llevadas a cabo por militantes de grupos reformistas pueden expresar, en la práctica, el movimiento antagónico al capital (la voladura de una cárcel, el ajusticiamiento de

Por lo tanto es evidente que las acciones que reivindican los insurreccionalistas son armas imprescindibles en todo el proceso revolucionario, pero reducir la insurrección a éstas, tal y como hace la ideología que reivindican, es caricaturizar totalmente todo lo que significa el proceso revolucionario para acabar negando la existencia de la fase insurreccional. No se percibe diferencia alguna entre la fuerza proletaria de Kabilia en 2001, Bolivia en 2003, Oaxaca en 2006 o Grecia en 2008 con el ataque a una comisaría efectuada por un grupo de encapuchados.

Sin olvidar la alegría que nos produce cada comisaría que arde y banco que se quema, son fenómenos que no se pueden comparar. En las dos prácticas que comparamos hay símbolos del capital en llamas, pero en cualquiera de los episodios insurreccionales mencionados arriba, a diferencia de las acciones concretas reivindicadas por el insurreccionalismo, hay mucho más: sentimiento de pertenencia a una clase o a un movimiento antagónico al poder bur-

torturadores, el linchamiento de dirigentes del Banco Mundial y de la OTAN, los sabotajes a centros stalinistas y sindicalistas). Que se critique el proyecto social y la dirección socialdemócrata que se esconde detrás de tal o cual acción no impide que esboce una sonrisa y aplaudamos ciertas acciones que coinciden con los intereses de nuestra clase.

gués, ruptura total de la paz social con enfrentamiento abierto, planteamiento de la cuestión del poder y de su destrucción, descomposición de muchas expresiones capitalistas, transformación revolucionaria de diversos aspectos de las relaciones humanas –menos individualismo, mercantilismo, pasividad, sumisión, delación, neutralidad– y del espacio urbano y rural: se toma la calle, las propiedades burguesas, los lugares estratégicos, de trabajo, de estudio... Nada de lo que ocurre en una insurrección deja de tener un significado o perspectiva, cada acción, reunión o sabotaje tendrá un significado para el avance hacia la revolución o la vuelta a la paz social y el sometimiento a la dictadura del valor.

Eso si hablamos de los episodios insurreccionales más recientes, los del presente siglo, si hablamos de insurrecciones proletarias de siglos anteriores, la comparación es aún más absurda. Insurrecciones como la ocurrida en la Comuna de París, en Haití durante los siglos XVIII y XIX, en Rusia en 1905 y 1917 (y tiempo más tarde en Ucrania y Kronstad), en México 1910-1917, en Asturias en 1934 y en España en 1936, en las que se puso en jaque al Estado, y se alcanzaron niveles altísimos de crítica armada de la sociedad y de descomposición de los cuerpos represivos, muestran claramente el tremendo salto cualitativo que representa la insurrección. Estos epi-

sodios dejaron demasiadas enseñanzas, y sembraron demasiado miedo entre los amos del mundo entero como para que sean caricaturizadas por cualquier ideología, incluida la insurreccionalista.

Por todo ello, la insurrección no es, como quiere hacernos creer la ideología insurreccionalista, un conjunto de individualidades rebeldes o de acciones destrozando símbolos capitalistas simultáneamente. Es un momento en los cuales los que combaten en la calle sienten que forman parte de una comunidad de lucha contra la explotación, una clase social que ha unido, en su seno y su destino, los intereses inmediatos con los históricos y desestabiliza todo el orden social. Por ejemplo, «que caiga el presidente» de turno con el «que se vayan todos y no quede ni uno solo» (Argentina, 2001); el «no a la guerra» con el ataque masivo a oficiales del ejército (Irak, 1991); la venganza por un compañero caído con el «poder asesino» (Kabilia, 2001); el reclamo inicial de cualquier demanda concreta por el «seamos realistas, pidamos lo imposible» (París, 1968) o «lo queremos todo y ahora» (Italia, años setenta) o el mero «no queremos nada, no os pedimos nada porque a lo que nos oponemos es justamente a que haya alguien (o una clase) que pueda concederlo» (Grecia, 2008). En estos casos, casi todos bastante recientes, se demostró la existencia de una comunidad de lucha que

existe, se encuentra, ocupa y madura en la calle y se lanza a cuestionar el poder. Tanto histórica, geográfica, como programáticamente el movimiento concreto expresa de esta forma el movimiento global.

Por tanto, las insurrecciones se caracterizan por la tentativa de abolir el orden existente, por los enfrentamientos con las fuerzas y los agentes que defienden el capital, los saqueos, la toma de centros neurálgicos, la ocupación y el uso de los medios de comunicación, los cortes de ruta, la quema de archivos, de mercancías y de dinero, de edificios gubernamentales, de baluartes y símbolos del capitalismo, la demolición de cárceles, el asalto de comisarías y cuarteles (para liberar compañeros, por el odio histórico o para conseguir armas e intentar neutralizar al enemigo), la creación y consolidación de las organizaciones proletarias. También es fundamental la transformación en las relaciones humanas que se lleva a cabo y la creación de nuevos espacios de convivencia, en los que se mezclan varias generaciones con un único objetivo: la supresión y superación de todas las condiciones existentes. La comunidad humana frente a la comunidad del dinero se prefigura: se comparte el pan, la lucha, las aspiraciones y las perspectivas. El proyecto social se hace cuerpo en la comunidad de lucha.

Los episodios insurreccionales son una oportunidad única de enfrentarse al Estado sin tener que enfrentarse necesariamente a toda su maquinaria bélica, por eso es absurdo equipararlos a un capítulo aislado de acción directa. Solamente el enfrentamiento clase contra clase, y su materialización insurreccional, logra desintegrar las fuerzas represivas, llevar las contradicciones de clase al seno del ejército y de la policía, minimizar su profundo carácter corporativo, incentivar la insubordinación, la desertión y, sobre todo, propagar el derrotismo revolucionario que hace que los fusiles de los soldados dejen de apuntar a la barricada para sumarse a ella apuntando a sus propios oficiales.

Las insurrecciones del pasado nos demuestran que es en los momentos en los que el Estado se tambalea y el proletariado se muestra como clase decidida, organizada y centralizada, cuando se puede decidir e imponer criterios comunistas y desterrar las costumbres y conductas capitalistas. Imposición de los intereses humanos frente a la dictadura del valor y el beneficio capitalista. La diferencia entre lo que es realmente una insurrección y lo que el insurreccionalismo reivindica como tal es brutal.

Claro está que la insurrección no lleva, necesariamente y por sí sola, a la abolición del capitalismo, pero no será posible esta abolición sin el triunfo in-

ternacional de la insurrección. Entre otras razones porque la clase dominante usa y usará todos los medios represivos y terroríficos a su alcance para mantener sus privilegios, para defender un sistema basado en la dictadura del valor, del beneficio y la mercancía. En todos los enfrentamientos donde se expropiaron mercancías, se quemaron archivos, se liberaron presos, se repartieron tierras... hubo que usar armas para enfrentar o neutralizar a las fuerzas de choque de la burguesía.

Si algunas guerrillas y grupos de antaño aseguraban que con la propaganda armada y la política del hecho se generaba la conciencia necesaria para despertar y agrupar a los oprimidos; la ideología insurreccionalista considera que el incremento de la tensión (que se puede realizar con atentados y acciones de distinta índole) acorta el camino hacia la liberación, pues acelera las contradicciones y pone a cada uno en su lugar.³⁸

Sin embargo, no será la «metodología insurreccionalista», ni el «foco insurreccional», lo que acelere las contradicciones sociales hasta desnivelar la correlación de fuerzas. No es más que la concepción

³⁸ Es curioso observar que en Italia, donde precisamente se forjó parte fundamental de la ideología insurreccionalista, el fascismo de los años setenta defendía bajo ese mismo término –tensión– un proceder similar para el regreso del fascismo.

voluntarista y ombliguista de esta ideología la que le hace creer en esta posibilidad. Como si la voluntad de un pequeño grupo de revolucionarios pudiera cambiar situaciones que responden a criterios que requieren mucho más que la acción y voluntad de una minoría.

«Como explotad@s, sin embargo, somos la principal contradicción del capitalismo. Por ello cualquier momento es siempre el adecuado para la insurrección, precisamente por ello podemos percibir que la humanidad podría haber acabado con la existencia del Estado en cualquier momento de su historia. Una ruptura en la reproducción continua de este sistema de explotación y opresión ha sido siempre posible.»³⁹

Dogmáticamente, el insurreccionalismo considera que en cualquier momento es posible la insurrección. Desprecia la correlación de fuerzas y creen que todo es cuestión de activismo y voluntad, que sus acciones serían en sí insurreccionales. Piensa que cuantas más acciones se realicen, cuanto más activismo se despliegue, más profundizamos en la insurrección. No se perciben las dinámicas sociales, sino individuales, llegando a considerar que los cambios

³⁹ Killing King Abacus, *Notas insurreccionalistas*.

significativos en la historia son realizados por un puñado de individuos.

En cierto modo no deja de ser una variante de la teoría del foco guerrillero guevarista –dejando al margen el rechazo del foco centralizado geográficamente que tiene el insurreccionalismo–, donde el núcleo guerrillero empuja al proletariado a la lucha y atrae cada vez a más proletarios a la guerrilla cambiando la correlación de fuerzas con respecto al aparato coercitivo estatal.⁴⁰

Incluso cuando la imposibilidad de obtener cambios en la correlación de fuerzas es palpable, el insurreccionalismo aboga por la constancia, sea con la esperanza de desgastar al capital con cada acto, sea como única forma de vivir del auténtico revolucionario. Se reivindica toda acción que ataque cual-

⁴⁰ Miquel Amorós en su texto *Anarquismo profesional y desarme teórico*, en el que expone algunas críticas al insurreccionalismo, desarrolla este aspecto comparando el voluntarismo que reivindica Bonnano, que desprecia la correlación de fuerzas, con Blanqui. Sin embargo, esto lo hace desde cierto desconocimiento respecto a Blanqui y su concepción sobre la insurrección. Ciertamente es que Blanqui se equivocó varias veces en la valoración del momento de lanzar la ofensiva como él reconociera y que también sobrevaloró la táctica insurreccional; sin embargo, siempre comprendió que la insurrección era una cuestión social («sin el pueblo nada podemos» decía) y que dependía de la correlación de fuerzas.

quier expresión del mundo capitalista como una manifestación de la libertad individual frente a la tiranía capitalista. Cada acción del «rebelde social» será considerada una afirmación de lo que se etiquetará como «insurrección permanente» y que nada tiene que ver con la insurrección proletaria. Se insiste en que los revolucionarios tienen que realizar esas acciones, aquí y ahora, por una cuestión de dignidad, por una visión romántica de la lucha. Una visión que reproduce por un lado el papel de los malos de las películas y de los héroes y mártires por el otro. El compañerismo, la solidaridad, la coherencia, la no claudicación..., todo ello rodeado de una gran carga emotiva, acaban sirviendo a unas concepciones que liquidan la lucha subversiva.

Cierto es que la acción consciente, voluntaria y decidida de las minorías revolucionarias juega un papel esencial antes, durante y después de una insurrección; sin embargo, la mecha insurreccional tiene como detonador fundamental no un puñado de militantes, sino una clase social que se ve empujada a rebelarse.

Los detonantes por las que esta clase es llevada a desatar la insurrección siempre atañen a sus condiciones de vida –que incluye como algo inseparable lo objetivo y lo subjetivo–, pese a que puede expresarse en diferentes terrenos. Así, por ejemplo, el es-

tallido de la guerra interburguesa, que obliga al proletariado a ser carne de cañón para sus amos, a ir a matarse entre sí, y que lo lleva a situaciones límites, ha conllevado insurrecciones como en Rusia en 1917, Alemania en 1918 o Irak en 1991, donde los soldados desertaron del ejército con las armas y junto con el resto del proletariado se enfrentaron al Estado. El deterioro brusco del nivel de vida, como el robo de ahorros (Albania, 1997, y Argentina, 2001), o la subida de precios o el desabastecimiento (Venezuela, 1989) fueron razones suficientes para tomar las calle en otros episodios.

Es cierto que muchas veces suele ser un «pequeño detalle» el que desata las hostilidades y puede abrir paso a la insurrección, pero en realidad este «detalle» sólo es la gota que colma el vaso. Ello explica por qué la represión o las muertes masivas de personas a manos del capital en todas partes, y de todas las formas posibles, se perciben como algo natural, y como en otras ocasiones se transforman en insurrección o por lo menos emergen movimientos con tintes insurreccionales: el desalojo de la Sorbona o la detención de cuatrocientos manifestantes en las calles de París (Francia, 1968), Córdoba (Argentina, 1969), Soweto (Sudáfrica, 1976), Kabilia (Argelia, 2001), suburbios (Francia, 2005), Atenas (Grecia, 2008). En todos los casos había sobre el te-

rreno una situación que esperaba «la llamada» para salir a la calle.

No queremos quitar importancia a la preparación insurreccional por parte de las minorías revolucionarias. Es importante recordar que la preparación insurreccional –gimnasia revolucionaria llamaba a una parte de esta preparación García Oliver⁴¹ y el estudio constante de los lugares estratégicos a tomar o anular durante una revuelta (cuarteles, almacenes de petróleo y comida, instalaciones eléctricas, aeropuertos, principales arterias de la ciudad, etcétera) son aspectos fundamentales a tener en cuenta. Pero nada tiene que ver esta preparación con todo lo que propone la ideología insurreccionalista.

En todo caso, la praxis de los revolucionarios es fundamental antes, durante y después de la insurrec-

⁴¹ Evidentemente García Oliver fue un importante militante del proletariado hasta que se transformó en un claro agente de la contrarrevolución a los pocos meses de comenzar la llamada guerra civil española. Desde entonces fue un fiel defensor del Frente Popular, de la República, del Estado capitalista. Esta vergonzosa capitulación fue justificada por él, como siempre hacen nuestros enemigos, por motivos coyunturales (fueron las circunstancias, no podíamos vencer, era la única alternativa, era la posición mayoritaria en el seno de nuestra organización...). Sólo hay que leer a cualquier socialdemócrata para ver reproducidas estas mismas justificaciones para imponer toda la política del capital.

ción, no sólo en pleno centro neurálgico de la insurrección, sino que también es fundamental desde la distancia, cuando la insurrección queda aislada en una zona: creando un comité de defensa de la revuelta que está sucediendo en otro país, demostrando que la lucha en ese país es la misma lucha, que su camino el suyo, desarrollando, de esa manera, más fuerza a los insurrectos, asumiendo la lucha en todo su ámbito internacional. Y por supuesto, tras la derrota de una insurrección, transformar esta derrota en fuerza, realizando un balance y una reapropiación programática de los acontecimientos, analizando las causas de la derrota, evitando la destrucción de las estructuras que sirvieron para cristalizar la insurrección.

La afirmación del *Ai Ferri Corti*, «No sabemos quiénes son nuestros cómplices, tenemos la necesidad de una tormenta social para descubrirlo», de alguna manera expresa esa sorpresa de encontrar en la insurrección a tantos y tantos compañeros que uno ni conocía ni sabía de su existencia, así como el descubrimiento de enemigos apagafuegos que creíamos compañeros cercanos. Sin embargo *Ai Ferri Corti* se olvida de que pese a que en un nivel concreto eso es verdad, a un nivel más general, al tratarse de una lucha de clases, sí que sabemos quiénes serán «nuestros cómplices», serán los proletarios, la clase de la

que formamos parte y que lucha contra sus condiciones de vida y por la abolición de todas las clases sociales. Es por eso que realizamos escritos como el presente, saludamos o tratamos de generalizar las luchas y revueltas proletarias, creando comités de apoyo a tal o cual insurrección.

Defendemos, a diferencia de la ideología insurreccionalista, que somos una clase y no unos cuantos rebeldes, de ahí la confianza en la posibilidad de victoria. Si viéramos la guerra social no de clase contra clase sino de rebeldes contra el Estado, nuestros textos estarían impregnados del pesimismo y de la sensación sin salida –derrotados pero dignos– que también es frecuente en la propia ideología insurreccionalista.

IV

EL INSURRECCIONALISMO CONTRA LA ORGANIZACIÓN DE LA LUCHA

«[...] en muchos ámbitos el asco hacia los ritos y los mitos del anarquismo oficial se hizo extensivo a la noción misma de organización. Y junto con esa noción se fueron devaluando otras que la acompañan, como las de comunicación, abnegación, compromiso, responsabilidad, esfuerzo y trabajo en pos de los objetivos libremente elegidos. [...] Los discursos antiorganizativos, en fin, hicieron mella en unas redes ya maltrechas, acelerando la atomización y el aislamiento.»

Los tigres de Sutullena,
La epidemia de rabia en España

Una ideología que niega el sujeto de la revolución, que caricaturiza la propia insurrección y que reduce todas las tareas de la lucha al accionar más inmediato, tiende a cristalizar una estructura en coherencia con ello. Haciendo una lectura puramente ideológica de todo el proceso organizativo de la revolución, el insurreccionalismo llega a la conclusión de que en la actualidad no hay otra posibilidad asociativa que la organización informal.

«Si las condiciones productivas típicas de la industria hacían razonable una lucha sindicalista o una estrategia planteada sobre la organización de síntesis hoy, en una realidad profundamente modificada, en una perspectiva postindustrial, la única estrategia posible para los anarquistas es aquella informal, o sea, de grupos de compañeros que se unen con objetivos precisos en base a elecciones de afinidad, contribuyen a crear núcleos de base para alcanzar fines intermedios y, mientras tanto, construyen las condiciones mínimas para transformar las situaciones de simples levantamientos en condiciones insurreccionales[...].»⁴²

En estas pocas líneas queda resumida toda la concepción organizativa de la ideología insurreccio-

⁴² Intervención de A. Bonnano, *Actas del congreso anarquismo y proyecto insurreccional*.

nalista: toda estructura que no adopte las formas organizativas del informalismo no pueden servir ya más para la revolución.

Lo primero que salta a la vista y que sirve al insurreccionalismo para justificar la organización informal como la única posible es la amalgama increíble que hace entre revolución y contrarrevolución, entre las concepciones revolucionarias y las ideologías contrarrevolucionarias, entre las estructuras de los primeros y las estructuras de los segundos.

El insurreccionalismo considera que organizaciones como los sindicatos, o como los «anarco»sindicatos, tanto da, fueron en su día herramientas clásicas del proletariado. Esta consideración es totalmente lógica si tenemos en cuenta que, como veíamos antes, se concibe al proletariado por medio de las lentes socialdemócratas. Nada más natural entonces que ver en herramientas socialdemócratas como los sindicatos «organizaciones tradicionales de resistencia del proletariado». No profundizaremos en esta grosera distorsión pues desbordaría la crítica que nos proponemos. Subrayaremos, sin embargo, que esas organizaciones siempre fueron órganos y estructuras para el encuadramiento, para la canalización de la lucha, para transformar la ruptura revolucionaria en reforma en el interior del Estado

capitalista.⁴³ Que en momentos concretos estas estructuras adopten apariencias, formas y discursos radicales o todo lo contrario, se abracen abiertamente y sin esconderse a la gestión capitalista, no responde más que a la necesidad de adaptarse a la correlación de fuerzas existentes para impedir la ruptura revolucionaria del proletariado. Su función social siempre es la de mediar y canalizar la lucha de clases para evitar el estallido proletario y armonizar los intereses contrapuestos entre clases a favor del capital.

Toda esta distorsión del pasado sirve para ocultar y despreciar la verdadera realidad histórica de la comunidad de lucha y el desarrollo de su organización, pues se contrapone en toda su dimensión práctica a la concepción organizativa del insurreccionalismo. Se oculta que frente a estas organizaciones tradicionales del enemigo que son los partidos y los sindicatos, el proletariado peleó por organizarse en fuerza autónoma estructurando su lucha afuera y en ocasiones en contra de esos aparatos, generando múltiples

⁴³ Tema aparte es que se llame sindicato —o como sea— a una organización que en realidad es su contrario. No se trata de la etiqueta, de nombres, de formas de organización, sino de la práctica social. Si la práctica de tal organización es reformista o lucha por la revolución, si se trata de una organización del Estado o de una organización del proletariado, independientemente del nombre que se ponga.

expresiones y formas organizativas que asumieron, asumen y asumirán a diversos niveles la lucha contra el capital.

Desde las organizaciones más elementales para defender sus condiciones de vida mediante la expropiación, la creación de redes de solidaridad, hasta la creación de estructuras revolucionarias que tratan de asumir todas las tareas que exige la revolución, los proletarios generan toda una amplia gama de organizaciones que se diferencian tanto en la forma como en la duración, que dependiendo de su cometido son tanto formales como informales.

De ahí la absurdidad de buscar en las formas organizativas la solución al problema organizativo, tal y como hace el insurreccionalismo o ideologías tan de moda hoy como el consejismo o el asambleísmo. No existe forma organizativa que garantice por sí sola ser herramienta para la revolución, pues siempre puede ser utilizada por la contrarrevolución; es la práctica social, la que desarrolla y da vida a esa organización, lo que le da carácter revolucionario o contrarrevolucionario. De ahí que los revolucionarios siempre otorguen un papel secundario a las formas en la cuestión de la organización, sabiendo que éstas son múltiples y cambiantes, que lo que es de-

terminante es el contenido revolucionario o contrarrevolucionario.⁴⁴

Toda la riqueza organizativa de la comunidad de lucha es pisoteada, tergiversada y ocultada totalmente por el insurreccionalismo para poder realizar una interpretación formalista y totalmente superficial, construyendo toda una concepción organizativa en la que se reduce burdamente todo a la contraposición entre organización formal y organización informal. La primera forma será un subterfugio ideológico que servirá como una especie de molde multiusos que contendrá todos los males y vicios organizativos habidos y por haber. Todas las estructuras formales del proletariado que existen y que han existido pasarán por este molde para ser burdamente calificadas como variantes del sindicalismo, del «partido marxista», como a Bonnano le gusta definirlas, o de las «organizaciones de síntesis», atribuyendo a toda expresión organizativa formal de la comunidad de lucha las características propias de la socialdemocracia: reformismo, políticas de masas, congresismo, plata-

⁴⁴ Claro que hay quien confunde formas con contenido. Hay quien piensa que el sindicato u otras organizaciones burguesas para encuadrar proletarios son formas organizativas cuando en realidad son un vehículo del reformismo. Así, por ejemplo, el sindicalismo se concreta en sindicatos que pueden adquirir un amplio abanico de formas organizativas.

formismo, burocracia... La segunda forma, la organización informal será un auténtico fetiche para esta ideología, la piedra angular de su práctica, el vehículo que posibilita librarse de todos los males del «formalismo organizativo».

Con este particular razonamiento ideológico el insurreccionalismo da carpetazo al asunto sin tener la más mínima idea de cómo el proletariado se organiza para luchar. Desconoce totalmente las estructuras específicas de las minorías revolucionarias, así como las estructuras de masas de las que se dota el proletariado en sus luchas. Queda así con las manos libres para maniobrar soltando unas cuantas «críticas» abstractas para pasar inmediatamente a exponer la garantía revolucionaria: el esquema organizativo informal que idealiza como el único posible.

El motor de esa organización informal será la afinidad. La organización quedará reducida a «un conjunto de compañeros ligados por una afinidad común» que se organizan rechazando toda estructura permanente, toda centralización y todo programa que no sea el proyecto elaborado mediante la discusión en cada grupo de afinidad y que se ponga en práctica inmediatamente.

«[...] grupos de afinidad, donde las ataduras tradicionales son remplazadas por las relacio-

nes de simpatía, intimidad, conocimiento y confianza recíproca entre los efectivos de su propio grupo.»⁴⁵

En realidad toda esta noción de la afinidad del insurreccionalismo es una desviación del verdadero impulso asociativo que se da en el proletariado. Para el insurreccionalismo la afinidad son los niveles de cercanía y acuerdos que se dan entre individuos en el plano político⁴⁶ y que los lleva a unirse de manera informal. Así, dependiendo del nivel de afinidad, la organización puede estar orientada para unas cuestiones inmediatas, como por ejemplo la oposición a una torre de alta tensión, o para una lucha más histórica, como la lucha contra el Estado. Pero la verda-

⁴⁵ C. Lavazza, *Autobiografía de un irreductible*.

⁴⁶ No vamos a entrar aquí en toda la vertiente del afinitarismo que tiene que ver con lo cultural, lo musical, lo artístico... Efectivamente, bajo el afinitarismo existe toda una noción organizativa de la sociedad en la que cada individuo se asocia con otros por la afinidad en todas esas categorías. Todo esto no hace más que seguir la lógica de la división del trabajo. Precisamente el proletariado y su centralización internacional combatirán todas estas separaciones que serán barridas junto con el capital acabando con todas esas existencias en tanto que separadas, con todas esas especializaciones que destruyen al ser humano y lo convierten en un ser parcial. En la comunidad humana resultante de la destrucción del capitalismo no habrá, por ejemplo, músicos, sino, a lo sumo, hombres que, entre otras cosas, se dediquen a la música.

dera «afinidad» de la revolución parte de unas bases diferentes pues su sujeto no es el individuo, ni las ideas que cada individuo tenga, sino la clase a la que pertenece; no se trata de afinidad entre diversos individuos dependiendo del grado de cercanía política, sino de la afinidad sobre la base de la existencia de unas condiciones de vida y de una necesidad de luchar. Cuando unos parados se organizan para expropiar un súper, cuando unos obreros se unen para hacer frente a la «explotación inmediata» que están sufriendo, cuando otros miembros de esa clase se organizan para luchar por la revolución, no estamos hablando de «afinidades» diferentes, como propone el insurreccionalismo, es una y misma «afinidad» la que promueve esas estructuras: la lucha contra las condiciones existentes en el capitalismo. Las diferentes expresiones organizativas sólo materializan diversos momentos de organización del proletariado, en absoluto afinidades diferentes. En el primer momento, el proletariado plantea ya implícitamente la cuestión de la propiedad privada, en el segundo momento cuestiona la explotación asalariada, en el tercero nuestra clase no hace sino asumir la totalidad que contiene cada momento, no hace más que asumir conscientemente todo lo que contiene la lucha proletaria. El planteamiento del individuo poniendo sus acuerdos junto a otros para organizarse en gru-

pos de afinidad informales se esfuma ante la realidad del proletariado cuya «afinidad» no es a título individual, sino que concierne a la existencia de una clase explotada y revolucionaria.

La organización no se funda pues en la coincidencia de la «elección de objetivos precisos» de unos pocos, sino que se funda en la lucha de una clase por abolir su situación. Todo forma parte de la misma organización del proletariado, de su proceso de constitución en clase, en fuerza revolucionaria, y para ello, pese a que diversas cuestiones requieren instancias informales, es imprescindible toda una red de estructuras formales de combate.

Todo esto viene a demostrar lo poco que les importa en realidad las necesidades reales del proletariado: la necesidad de cristalizar estructuras como medio de organizarse para la lucha, la necesidad de centralizarse como fuerza internacional, de reapropiarse de su programa histórico. La contraposición de todas estas necesidades respecto a la ideología insurreccionalista es bestial.

Rechazo del asociacionismo permanente

«¡Cada vez que se plantea la organización práctica, de grave responsabilidad, se refugian en la idea anarquista de la libertad individual y, escudándose en ella, pretenden sustraerse a toda responsabilidad e impedir toda organización!»

Piotr Archinov, *Historia del movimiento makhnovista*⁴⁷

El insurreccionalismo rechaza el asociacionismo permanente del proletariado. Afirma que toda organización permanente acaba siendo recuperada por el capital o acaba reproduciendo sus esquemas de dominación y que por lo tanto sólo cabe la organización a corto plazo para la realización de tareas concretas e inmediatas.

«La organización se emplea para tareas concretas: por ello estamos en contra de los partidos, los sindicatos y las organizaciones permanentes, todos ellos actúan para sintetizar la lucha y

⁴⁷ Pese a nuestra contraposición a la concepción organizativa de compañeros como P. Arshinov y N. Makhó, concepción que denominamos plataformista, reivindicamos su lucha contra la antiorganización y el individualismo.

convertirla en elementos de integración para el capital y el Estado.»⁴⁸

Por supuesto que, como decía el MIL, «la organización es la organización de las tareas», sólo que el insurreccionalismo no concibe estas tareas, como vimos anteriormente, en toda su amplitud histórica, que sólo se realizan como totalidad en la destrucción absoluta del capital. Si por tareas revolucionarias se entiende cualquier acción directa a ejecutar en breve plazo o cualquier proyecto ausente de perspectiva, es normal que se rechace toda organización que se constituya en el tiempo. Por tanto, al acabar esas tareas efímeras la organización debe desaparecer.

Sin embargo, las tareas revolucionarias tienen una dimensión que nada tiene que ver con lo efímero. La obra de demolición del capitalismo es una tarea gigantesca que implica asumir un vasto número de actividades permanentes como ya hemos expuesto más arriba. Y la organización de estas tareas necesita de estructuras permanentes que las asuman.

La constitución de polos permanentes para el reagrupamiento de revolucionarios, para la creación y difusión de prensa subversiva, para la discusión entre compañeros, la emergencia de estructuras permanentes que engloben amplias masas de proletarios

⁴⁸ Killing King Abacus, *Notas insurreccionalistas*.

para la defensa de sus condiciones de vida, para la estructuración de la acción directa contra el capital... son expresiones imprescindibles que forja permanentemente el proletariado como única forma de estructurarse en clase revolucionaria.

El ejemplo más importante a nivel histórico del asociacionismo masivo y permanente fue, pese a todas sus carencias y debilidades, la Primera Internacional. Esa estructura que rebasó todo marco nacional, rompió el aislamiento sector por sector, superó el sectarismo aglutinando en su seno posiciones heterogéneas, centralizó un vasto número de organizaciones, fue una expresión de la tendencia del proletariado a unirse y centralizarse en un solo cuerpo. Es la muestra más clara de cómo la comunidad de lucha y su amplio abanico de organizaciones tienden a centralizarse a nivel mundial.

Un ejemplo reciente, limitado al marco de un país y a otro nivel, de ese tipo de estructuras más o menos permanentes que además poseen un carácter masivo, son los piqueteros en Argentina. Los parados, junto a otros sectores del proletariado, comenzaron a asociarse, a organizarse, creando numerosas estructuras para defender sus condiciones de vida mediante acciones contra el capital (saqueos a supermercados, cortes de ruta...). Esas estructuras se fueron extendiendo durante años por toda Argentina,

desarrollando y coordinándose para pelear contra el capital hasta alcanzar tal fuerza que fue el centro de gravitación y de estructuración de la revuelta en Argentina, en 2001, que hizo temblar a todo el país durante semanas. Sin esta estructura generada por el proletariado para pelear no se hubiera alcanzado ese nivel de enfrentamiento. Que tras la derrota de esa lucha, la mayoría de las organizaciones piqueteras agrandaran todos sus límites y fueran recuperadas por el gestionismo (fábricas ocupadas que competían como otras en la creación del valor y la explotación proletaria) y por el reformismo politicista, son consecuencias de la derrota en las que no podemos adentrarnos aquí.⁴⁹

Precisamente la recuperación de antiguas organizaciones del proletariado por parte del capital y su transformación en órganos del Estado es uno de los argumentos en los que se basa el insurreccionalismo para defender su metodología organizativa. La historia está llena de ejemplos en los que las estructuras en las que combatían los proletarios se convertían en estructuras para defender el capital.⁵⁰ Pero esto no

⁴⁹ Los *Arch* en Argelia son, pese a su origen ancestral, otro ejemplo del asociacionismo proletario de relativa permanencia.

⁵⁰ Obviamente no nos referimos a los partidos y sindicatos que como dijimos más arriba siempre fueron órganos burgueses para encuadrar a los proletarios. Nos referimos a organizaciones

demuestra en absoluto que tengamos que rechazar la constitución de estructuras formales y permanentes, sino que nos apunta otras cuestiones.

En primer lugar demuestra que tras la derrota o/y por la debilidad del proletariado sus organizaciones son absorbidas por el Estado. En la insurrección en Rusia la socialdemocracia acabó dominando las estructuras de los soviets debido a la falta de autonomía del proletariado; su derrota acabó reflejándose en esa expresión organizativa del proletariado que terminó votando las reformas bolcheviques para reconstruir el Estado capitalista. En España, en los años treinta los comités revolucionarios sucumbieron ante el Frente Popular para defender el Estado republicano, es decir, el Estado del capital. Así podríamos citar una larga lista.

En segundo lugar indica la imposibilidad de convivencia entre el capitalismo y una organización constituida para abolirlo. Por ello, llegado cierto grado de desarrollo, la organización del proletariado presenta tal fuerza que requiere una resolución ineludible. O bien estalla la insurrección proletaria, o bien el capital mediante todos sus mecanismos con-

como los soviets en Rusia y en Alemania, los cordones industriales en Chile, los comités de los años treinta en España, los *Arch* en Argelia, los piqueteros en Argentina...

sigue neutralizar la fuerza del proletariado y su organización infiltrándose en su seno, encuadrándola y canalizando toda su potencia hacia la reforma.

Inseparable de estas estructuras de cierta importancia masiva son las estructuras permanentes de las minorías comunistas.⁵¹ Sin la Liga de los Comunistas, sin las estructuras en torno a Marx, en torno a Bakunin, en torno a Flores Magón, sin los sectores más decididos de los social-revolucionarios de izquierda en Rusia, sin las redes internacionales de solidaridad que impulsaron militantes como Roscigna, Di Giovanni, Durruti, Ascaso, sin algunas de las organizaciones a las que se les etiquetó (incorrectamente) como izquierda comunista, sin Bilan, sin la Internacional Situacionista, sin el MIL, sin ciertos grupos actuales de militantes organizados..., sin todos y cada uno de los episodios organizativos que ha ido cristalizando el proletariado a lo largo de su historia –incluso a contracorriente en los momentos más contrarrevolucionarios tras sufrir una dura derrota– y en los que ha ido agrupando, centralizando y convirtiendo en directivas prácticas todas las ense-

⁵¹ Hay compañeros que denominan a las minorías más combativas del proletariado como anarquistas, libertarias, o simplemente revolucionarias. Nosotros preferimos el término comunistas pues consideramos que define mejor en todo su contenido histórico a esas expresiones del proletariado.

ñanzas de la lucha, el proletariado debería comenzar cada vez su historia, cada generación proletaria tendría que empezar desde cero, sin tener otro remedio que volver a repetir los mismos errores. Son esas estructuras permanentes que resurgen una y otra vez con otros nombres, con otros militantes, llámense Marx, Bakunin, Makhno, Flores Magón o Debord, continuando la labor precedente, las que mantienen viva toda la riqueza de la lucha y transmiten más allá de todo límite temporal la experiencia acumulada, siendo el hilo conector de un período revolucionario a otro.

Por todo esto no tiene sentido alguno calificar a las múltiples estructuras permanentes del proletariado, tanto las que agrupan a las minorías revolucionarias, como las que agrupan y coordinan amplios sectores de la clase, como superfluas y pretender sustituirlas por el activismo de los grupos de afinidad. Ni la organización minoritaria de un puñado de revolucionarios, independientemente de su voluntad, su accionar y por muy importante que sea su función, ni la constitución de «núcleos de base» que surgen «para luchar por un objetivo intermedio» –tal y como dice el insurreccionalismo– para luego desaparecer, podrán remplazar la gigantesca preparación y organización colectiva que requiere el proceso revolucionario.

La ausencia de esas organizaciones, predicada como algo positivo por la ideología insurreccionalista, se concreta en los momentos decisivos de la lucha en la falta de criterios más generales para enfrentarse al enemigo, en la falta de experiencia acumulada y transmitida, en la falta de referencias, en la falta de consignas claras, en la falta de ruptura respecto a los socialdemócratas más sutiles, en la falta de perspectiva, en la ausencia de experiencia y dirección. Desde hace muchas décadas, ésta es una de las grandes debilidades del proletariado: la ausencia casi total de estructuras permanentes y masivas de combate.

Si bien la intuición clasista es suficiente para saber qué es lo que hay que expropiar, los lugares que se deben golpear o los enemigos visibles a los que hay que enfrentarse (en general, la policía y otras fuerzas de represión abierta), desde que se pasa a una fase más decisiva de la lucha y la burguesía presenta diferentes facetas sutiles, desde que sectores de oposición burguesa emplean toda su fuerza para transformar el contenido clasista en un contenido particular, la ausencia de esas estructuras facilita transformar la lucha contra el capitalismo en una lucha política particular: contra un dictador, contra tal gobierno, contra tal ministro, contra tal medida impopular o peor aún, en una lucha por la democracia,

por la autonomía regional, por el islam. En esas circunstancias, la falta total de programa revolucionario por parte del insurreccionalismo, su inmediatez y sus criterios de afinidad e informalidad, sólo pueden contribuir a la confusión que el poder necesita para imponer la fórmula del «cambio».

Nada más imprescindible, nada más necesario que el desarrollo a todos los niveles del asociacionismo permanente del proletario, desde las organizaciones más elementales de combate a la constitución de polos permanentes de reagrupamiento revolucionario.

Concepción kautskista-leninista

«El punto de partida metodológico de la teoría leninista del partido es una distinción que se encuentra en todos los grandes teóricos socialistas de la época [...] Están los obreros y sus luchas económicas; está el socialismo, los revolucionarios. [...] Hay que unirlos, asegurar la dirección de los obreros por los revolucionarios profesionales. Para hacer esto, los revolucionarios se agrupan de forma separada e intervienen desde el exterior en el movimiento obrero.»

Guilles Dauve, *Declive y resurgimiento de la perspectiva comunista*

En toda la forma de concebir la lucha y su estructuración por parte de la ideología insurreccionalista, se cuela la concepción kautskista-leninista de revolución, el dualismo en el seno de los intereses del proletariado entre intereses inmediatos e históricos, económicos y políticos, o como gusta decir al insurreccionalismo, entre intermedios y revolucionarios. Adoptando esta separación entre lucha histórica por la revolución y las luchas inmediatas, como si fueran algo distinto, separado o enfrentado, se siembra la confusión en las filas proletarias y se contribuye,

independientemente de la voluntad, al mantenimiento de la desorganización, de la desorientación del movimiento, alterando la sustancia totalizadora de la guerra de clases.

Bajo esta particular concepción, los proletarios quedan reducidos a defender exclusivamente intereses inmediatos/intermedios, mientras que por su parte, los revolucionarios defenderán los intereses históricos/revolucionarios. Tanto leninistas como insurreccionalistas consideran al proletariado incapaz de ser revolucionario.⁵² Mientras que el insurreccionalismo nos hablará de que la masa de los «excluidos» no pasará de «luchas intermedias», «de situaciones irracionales», el leninismo por su lado afirmará que la «clase obrera» siempre luchará por intereses inmediatos, por objetivos reformistas. Para estas ideologías son las minorías revolucionarias las que aportan al movimiento del proletariado el carácter político, revolucionario, las que hacen posible la transformación insurreccional y revolucionaria. De ahí que al insurreccionalismo lo que menos le importe sean las necesidades organizativas del proletariado. Su preocupación es la organización de los

⁵² Esta coincidencia no es casual. Recordemos, tal y como decíamos al principio, que tanto el leninismo como el insurreccionalismo parten de la concepción socialdemócrata de las clases sociales. Nada más lógico que llegar a esta misma conclusión.

«anarquistas» para a continuación organizar al resto de los «excluidos» según su esquema organizativo.

«Debemos estar allí como realizadores de un proyecto examinado y profundizado al detalle previamente. ¿Cuál puede ser este proyecto? Aquel de organizar a los excluidos no más sobre bases ideológicas, no más a través de un razonamiento exclusivamente fundado sobre los viejos conceptos de la lucha de clases, sino sobre algo inmediato, capaz de colarse en la realidad, en las diferentes realidades.»⁵³

La única diferencia respecto a la concepción del leninismo es que mientras ésta afirma que lo que hay que aportar es la teoría, el insurreccionalismo afirma que es la práctica lo que hay que introducir. Los leninistas afirman que el proletariado no puede aspirar más que a luchar por reformas económicas y por tanto la conciencia tiene que introducirse desde el exterior; los insurreccionalistas por su parte definen las luchas del proletariado y sus irrupciones violentas como algo totalmente irracional que sólo adquiere carácter revolucionario por la intervención de los «anarquistas insurreccionales» que poseen la conciencia y la metodología que transformará lo irracional en realidad insurreccional y revolucionaria.

⁵³ Intervención de A. Bonnano, *Actas del congreso anarquismo y proyecto insurreccional*.

ria al «indicar los objetivos, los medios y las conclusiones constructivas».

«Organización entonces que esté en grado de estar en la realidad de sublevación subversiva en el momento en el cual ésta se verifica para poderla transformar en realidad objetivamente insurreccional, indicando objetivos, medios y conclusiones constructivas. Esto es el trabajo insurreccional. Otros caminos hoy no pueden ser recorridos. [...] como revolucionarios anarquistas, estamos obligados a tener en cuenta esta línea de desarrollo y entonces prepararnos desde hoy, a transformar las situaciones irracionales de sublevación en la realidad insurreccional y revolucionaria.»⁵⁴

Bajo esa concepción iluminista, la estructuración de la lucha en sus diversos niveles se aleja totalmente de la realidad, crea una escisión ideológica en los intereses del proletariado separando a sus minorías de vanguardia de la «masa irracional». Se concibe de forma separada y con objetivos diferentes la organización específica de los revolucionarios con respecto a las organizaciones del resto de la clase. El leninismo hablará de organizar a los proletarios en sindicatos que luchen por reformas económicas y a los revolucionarios en un partido político que será el

⁵⁴ *Ibidem.*

portador de la conciencia que lleve a la revolución. Los insurreccionalistas cambiarán los términos pero mantendrán la misma visión separada: hablará de organizar a los «excluidos» en núcleos de base con fines intermedios y a los revolucionarios en grupos de afinidad específicos que serán los que mediante acciones de desgaste contra el enemigo transformen en revolución los actos irracionales de la masa incapacitada de ir más allá.

Pero la realidad del proletariado, su lucha y su organización, se manifiesta en total antagonismo con esta concepción. El dualismo entre intereses inmediatos e históricos, entre intereses intermedios y revolucionarios, no existe para el proletariado, sino que es producto de la ideología burguesa y su tentativa de reproducir su dominación en el seno del proletariado. Así, nuestro enemigo de clase sólo puede mantener su dominación dividiendo y oponiendo ideológicamente lo que es una unidad. Cuando el proletariado lucha por imponer sus intereses rompiendo la lógica de la separación burguesa, no existe diferencia entre interés económico y político, entre interés inmediato e histórico. Lo económico es político, lo político es económico; lo inmediato es histórico; lo histórico, inmediato. Su interés es unitario y antagónico al capital. Incluso sus reivindicaciones más básicas y elementales son un ataque general a

todo el entramado capitalista. La simple expropiación para alimentarse manifiesta el interés de la abolición de la propiedad privada, los ataques a las estructuras del capital el interés de imponer por la fuerza la abolición de las condiciones existentes, la lucha por reducir la jornada laboral el interés por abolir el trabajo asalariado, incluso la reivindicación de más salario expresa el interés por reapropiarse de la producción mundial que le es sustraída, eliminando a la burguesía que vive de la extracción de plusvalor. Todo esto, claro está, independientemente del nivel de consciencia de los protagonistas.

Los revolucionarios no tratan de transformar en revolucionario esta o aquella reivindicación. Es la burguesía, la codificación en términos burgueses de todo conflicto de clase, la que trata de transformar la reivindicación de clase en reforma. Los revolucionarios impulsan la reivindicación hacia su naturaleza revolucionaria, luchan contra toda canalización, contra toda reforma que trate de arrancar esa esencia subversiva. Consecuentemente, la revolución parte por ello no de las «minorías anarquistas», sino de las necesidades y los intereses del proletariado que se contraponen al capital y llevan de forma innata el sello de la revolución. Para las minorías revolucionarias se trata de llevar esos intereses hasta sus últimas consecuencias. Se trata de que la expropiación,

la lucha contra la explotación, contra las condiciones miserables de la vida proletaria, se organice y centralice para atacar y abatir este mundo en su totalidad.

Por eso, los revolucionarios no son una categoría separada del resto del proletariado, ni su organización específica es un partido o una organización a parte, tal y como plantea el insurreccionalismo. Muy al contrario, la lucha del proletariado se concreta en diversos niveles que están indisolublemente unidos. Tanto los esfuerzos para avanzar en la centralización internacional de los revolucionarios como los vertidos en la coordinación y centralización de las luchas cotidianas, tanto la discusión y el balance de los errores y aciertos en torno a los procesos revolucionarios más importantes como en torno a tal lucha concreta y «parcial», tanto la preparación de una insurrección como la de una huelga..., representan esos diversos niveles bajo los que se expresa la lucha proletaria. En todos ellos los comunistas participan como parte de esa comunidad de lucha adquiriendo un rol de acicate, de impulso, de pelea, para que el movimiento asuma hasta sus últimas consecuencias la dirección revolucionaria. Las estructuras y organizaciones de las que se dota el proletariado en cada uno de esos niveles de la lucha expresan el impulso por constituirse en clase, por

centralizarse. Por eso la organización específica, la organización concreta de las minorías revolucionarias, no tiene nada que ver con constituir una organización separada, un partido aparte, sino que precisamente expresa, a cierto nivel, concretamente el más alto, esa tendencia de su clase de constituirse en un solo cuerpo, en un solo organismo, y de dotarse de un órgano central.

Todo ese dualismo en los intereses de los proletarios que defiende el insurreccionalismo, así como la separación organizativa correspondiente entre minoría anarquista y masa, pertenecen a las concepciones de la socialdemocracia y no hace sino obstaculizar y desestructurar el asociacionismo del proletariado.

Autonomía individual vs. autonomía de clase

«¡La responsabilidad y la disciplina orgánica no debe horrorizar; ellas son compañeras de viaje de la práctica del anarquismo social.»

N. Makhno, *Sobre la disciplina revolucionaria*

Como veíamos, el insurreccionalismo reduce el agrupamiento de los revolucionarios a la creación de pequeños grupos unidos por la afinidad. Se parte del individuo, del rebelde en lucha que se asocia con otros individuos afines con los que traba relaciones episódicas e informales «para atacar al enemigo». El respeto de la autonomía del individuo es una regla sagrada para esos grupos. Y cuando se dan coordinaciones informales entre diversos grupos de afinidad naturalmente también la autonomía de cada grupo es sacrosanta.

«XV. La organización informal tiene una necesidad de autonomía extrema ya que su propia composición es autónoma, de la/el individu@ al grupo, del grupo a la red.»⁵⁵

En estas estructuras cada militante es totalmente autónomo y libre. Es libre de luchar si lo desea y li-

⁵⁵ *Cuestiones de organización, 31 tesis insurreccionales.*

bre de quedarse en casa si le place. Es libre de unirse hoy junto con otros compañeros a una acción, pero también de estar luego de «vacaciones militantes» cuanto tiempo quiera. La militancia revolucionaria queda así pulverizada y sujeta a los caprichos y a los deseos individuales y emocionales en lugar de estar ligada a las necesidades de la lucha. La consecuencia de todo esto es que la lucha entre clases se convierte en una lucha de individuos, de rebeldes sociales. Todo un arsenal antiautoritario, antidisciplina, anticompromisos, que responde meramente a criterios ideológicos, sirve para justificar esta posición. La falta total de responsabilidad de ese individuo libre y autónomo frente a la organización, frente a la comunidad de lucha es actualmente, y sin ninguna duda, una de las mayores trabas a la organización del proletariado en fuerza.

En la práctica esta autonomía individual no tiene cabida en la verdadera comunidad de lucha. En realidad, este individuo autónomo representa, por el contrario, la esencia de la vida bajo el capital, es la democracia que disuelve la comunidad humana en individuos separados y los une en tanto que separados mediante toda clase de mecanismos mediadores. Por muy antidemocrático que se muestra el insurreccionalismo en sus declaraciones, su adoración de ese individuo aislado libre es la mayor defensa que se

puede hacer de la democracia. De la misma manera que es totalmente utópico luchar por la supresión del comercio, del intercambio mercantil, sin luchar al mismo tiempo contra la propiedad privada que es el fundamento de éste, lo es también luchar contra la democracia sin luchar contra la autonomía del individuo.

Esta defensa del individuo aislado, de la autonomía de las partes, de su libertad, que se defiende con la organización informal, choca frontalmente con la tendencia hacia la centralización hacia la que se ve impulsado el proletariado. Así es, mientras el capital y todas las fuerzas de la contrarrevolución buscan por todos los medios atomizar al proletariado, reducirlo al ciudadano libre, al individuo con su vida, con sus ideas y sus intereses, mientras que ideologías como el insurreccionalismo armonizan con esta lógica de la separación, bajo la cobertura del rebelde social contra el Estado, la comunidad de lucha contra el capital tiende a la superación de este individuo. Mediante el establecimiento de criterios, así como de instancias organizativas, el proletariado va asumiendo su estructuración como fuerza compacta, centralizada, superando progresivamente la atomización capitalista, haciendo de cada proletario una ex-

presión no de su individualidad,⁵⁶ sino de su clase, de la comunidad de lucha.

Nada tiene que ver por tanto esta autonomía del individuo, de los grupos, con la autonomía que interesa al proletariado: la autonomía de clase. Mientras que la autonomía del individuo y de los grupos, no hace más que, como hemos desarrollado con anterioridad, seguir el juego al capital cuyo interés es mantenernos divididos unos de otros, pulverizar nuestros intereses unitarios, borrar la autonomía de clase, atomizar y disolver al proletariado, a su lucha, a su historia, a su programa..., la autonomía de clase representa por el contrario la ruptura del proletariado con las prácticas, las estructuras, las separaciones y las ideologías del enemigo, la afirmación y delimitación de su programa respecto al de la contrarrevolución, su organización y estructuración en fuerza centralizada a nivel mundial.⁵⁷

⁵⁶ «Individuo» viene de «indivisible». Para nosotros esta indivisibilidad es aplicable no sólo a la inseparabilidad de ese individuo respecto a sí mismo, sino también respecto a la comunidad. La individualidad en tanto que manifestación del ser humano no puede existir más que como expresión de la comunidad.

⁵⁷ El autonomismo es la ideología que lleva a su extremo esta defensa de la autonomía individual y grupal frente a la autonomía de clase. A finales de los años ochenta y gran parte de los noventa, esta ideología se extendió creando un vasto número de separaciones y parcializaciones innumerables en las cuales cada

Como en todo lo demás, el insurreccionalismo trafica con la realidad. Para justificar su rechazo a la centralización, nos habla del centralismo democrático de la socialdemocracia en el que se trata del seguidismo de un rebaño a su guía, de la sumisión de militantes de una organización a un jefe o comité que da instrucciones y ordena a sus militantes lo que hay que hacer, de la burocracia... Lo curioso de todo es que este centralismo democrático es el de la sociedad burguesa, y corresponde precisamente a esa autonomía de las partes que reivindica el insurreccionalismo (del individuo, del grupo...), que implica la conciliación de intereses contrapuestos, de individuos y grupos que poseen sus decisiones independientes y que por tanto necesitan de una mediación que los concilie.

Por su parte el centralismo del proletariado no sólo no tiene nada que ver con esto, sino que se contrapone en su totalidad. No se trata de una forma de organización sino que forma parte de la naturaleza de nuestra clase, de su ser orgánico, de ahí que hablemos de centralismo orgánico. Cada expresión, cada partícula del proletariado mundial expresa los intereses de la totalidad, actúa como parte de un

grupo luchaba por su cuenta por lo que en cada momento le interesaba.

mismo cuerpo. No existen intereses diferentes, ni contraposición del individuo y la clase pues forman parte de un mismo ser.

En consecuencia, sin romper la atomización, el proletariado se encuentra atado de pies y manos pues sólo en tanto que comunidad de lucha organizada y centralizada, en tanto que ser colectivo que asume su organización y estructuración en fuerza revolucionaria consciente, puede ser capaz de plantar cara al capital, demoler todos sus engendros y constituir el inicio de una verdadera comunidad humana que deje atrás para siempre la historia negra de la humanidad.

La burguesía es consciente de ello, sabe que si el proletariado se unifica y se organiza será barrida de un plumazo. De ahí la existencia de una ingente cantidad de mecanismos para dividirnos, para enfrentarnos, para arrancarnos nuestro carácter orgánico mediante todo tipo de mediaciones. El insurreccionalismo colabora en todo ello negando la necesidad de que el proletariado se organice en fuerza revolucionaria.

V A MODO DE EPÍLOGO

«El proceso de reaparición de la crítica teórica y de la crítica práctica constituye históricamente una unidad objetiva. La verdad revolucionaria que así se anuncia, aunque limitada y alienada por las condiciones proletarias de la separación, se dirige hacia su organización unitaria consciente y, en este mismo desplazamiento, cada una de tales críticas comienza a descubrir la totalidad de sus tareas.»

Internacional Situacionista,
El retorno de la revolución Social

Desde la eclosión de la ideología insurreccionalista hemos sufrido la liquidación de importantísimas tentativas de ruptura revolucionaria que bajo la tutela de esta ideología acabaron totalmente neutralizadas. Hoy mismo, en algunas zonas donde la lucha de clases empieza a adquirir unos niveles de enfrentamiento formidables, vemos que la influencia y el nivel de encuadramiento de esta ideología asume cotas importantes que arrastra a minorías proletarias nuevamente por los aciagos derroteros que traza esta ideología. A lo largo del texto hemos tratado de poner de relieve cómo la ideología insurreccionalista, lejos de defender y representar la práctica insurreccional del proletariado, es un obstáculo en el proceso de reconstrucción del movimiento revolucionario. Las concepciones fundamentales contenidas en esta doctrina, lejos de ser una arma de la revolución, acaban sirviendo a los amos del mundo, a la burguesía y a sus tentativas de disolver la fuerza destructora del que está llamado a enterrar esta sociedad.

Es obvio que una ideología como el insurreccionalismo no encuentra su materia prima en los seguidores pacifistas de Gandhi, sino en los círculos y militantes más combativos del proletariado. Y es esta particularidad la que le confiere una notoriedad y un respeto entre las minorías revolucionarias que

no le corresponde. Más bien debería provocar el efecto contrario, pues son justamente estas ideologías, es decir, las que sirven para neutralizar a *los irreductibles*, las que con más contundencia deberían de ser atacadas por quienes buscan destruir esta sociedad.⁵⁸ Y si bien es verdad que es en esos sectores decididos y combativos donde prende esta ideología, no es menos cierto que su presencia sólo es posible porque en esos lugares la ideología socialdemócrata no ha sido combatida suficiente y consecuentemente, y los fragmentos ideológicos procedentes de la derrota del proletariado en el pasado siguen en pie. Se desprende de todo ello la necesidad de ajustar cuentas con todos esos fragmentos y, al mismo tiempo, la de reapropiarnos del programa invariable de la revolución. En este contexto, la crítica de la ideología insurreccionalista es un eslabón en la crítica de toda falsa conciencia, es un paso adelante en el combate contra todo aquello que en tanto que fuerza motriz de la contrarrevolución impide y dificulta el resurgir de la revolución.

Comprender esto nos llevó tiempo, discusiones, y también rupturas y alejamiento con compañeros,

⁵⁸ Esto lo han comprendido mejor que nadie los compañeros que durante años estuvieron bajo el dominio de esta ideología y que finalmente hoy rompieron con ella para asumir la totalidad de las tareas revolucionarias.

que nos critican por la forma, el momento o las posiciones desde las cuales negamos esa ideología. Desgraciadamente, las minorías revolucionarias estamos acostumbradas a esas rupturas durante toda nuestra historia. Ya en los comienzos del movimiento del proletariado se nos pidió no criticar al reformismo en nombre de una supuesta unidad que sólo respondía a los intereses del capital; se nos pidió no criticar al parlamentarismo como herramienta burguesa; más tarde, a principios del siglo xx, se nos pidió que no criticáramos a los bolcheviques como agentes del Estado burgués pues dábamos armas a la burguesía; luego se nos dijo que no podíamos hablar de la CNT como defensora del Estado, como órgano que participó en su reconstrucción durante la denominada guerra civil española, pues nos aislaba; también otros pidieron no desenmascarar a Rusia, China o Cuba como Estados capitalistas y que nos conformáramos con el apoyo crítico bajo el patético argumento de no dar armas al imperialismo; se nos pidió también no hacer una crítica al foquismo y aparatismo que dominaba a los miles de guerrilleros que en los años sesenta y setenta arriesgaban sus vidas intentando luchar contra el capitalismo; y últimamente nos dijeron que no era el momento de realizar una crítica de la ideología insurreccionalista. Claro que todos y cada uno de ellos no dudaban en hacer críti-

cas a otros luchadores que también se la estaban jugando armas en mano, por no compartir su ideología.

Todo esto no hace más que escenificar el trabado camino hacia la revolución. Mientras algunos tratan de colarnos la espera para neutralizar la crítica armada del proletariado y perpetuar esta sociedad, otros nos aconsejan la espera para impedir el arma de la crítica y eternizar sus ideologías. El movimiento revolucionario no habría avanzado un ápice desde su primera aparición histórica sin toda esa serie de luchas y rupturas que aunque a veces han sido dolorosas y en la mayoría de las ocasiones se han presentado a contracorriente y de forma minoritaria, serán las únicas bases sobre las que el proletariado podrá organizar su lucha con posibilidades de victoria.

Desde luego no tenemos miedo a ser minoría en el interior de minorías, pues no buscamos ningún tipo de popularidad, ni basamos nuestra práctica en proselitismo alguno. Tenemos claro ante todo que lo que nos da fuerza es la perspectiva histórica, la firme convicción de que somos meras expresiones de un movimiento histórico que está obligado a asumir sus posiciones revolucionarias si no quiere perecer. Lo único que nos interesa es la lucha por la constitución del proletariado en clase, la autonomía de nues-

tra clase respecto a todas las ideologías y los aparatos del enemigo y, consecuentemente con ello, la lucha intransigente contra toda expresión de la contrarrevolución es un camino ineludible. No es otro el secreto de la revolución social.

Esto no significa, y no nos cansaremos de repetirlo, que muchos de los proletarios que se reivindican de tal ideología, como algunos compañeros que se autodenominan insurreccionalistas, en realidad no estén luchando a nuestro lado, codo con codo, asumiendo la lucha por la abolición del capitalismo. Porque como decíamos durante el texto «no es lo que dicen, sino lo que hacen», porque muchos de esos proletarios realizan, en su propia práctica, una ruptura con las concepciones de la ideología que dicen defender. Así, por ejemplo, muchos compañeros que se reivindican del insurreccionalismo participan en el impulso de estructuras que nada tienen que ver con el informalismo, otros son un factor importante en la reivindicación del proletariado como sujeto histórico de la revolución, otros asumen una diversidad de tareas que desborda el marco especializado del insurreccionalismo... Es decir, esos compañeros, todavía bajo la etiqueta insurreccionalista, están ya realizando una crítica práctica de esa ideología, están ya siendo impulsados por la propia comunidad de lucha de la que son parte a mandar a la basura las

ideas y prácticas fundamentales de esa falsa concepción de la realidad y de la lucha, están ya siendo impulsados por sus propios intereses a luchar por la insurrección proletaria.

Pero esto no puede hacernos olvidar que la ideología actúa a diversos niveles y lamentablemente cuando ciertas expresiones proletarias alcanzan cierto grado de ideologización, cuando la ideología consigue apropiarse y dirigir todos los aspectos de la lucha, no sólo termina destruyendo esas expresiones de lucha, sino que las transforma en un factor de reproducción de esa ideología en el interior de la comunidad de lucha. Acaban siendo un foco de liquidación de las luchas y de sus expresiones.

Es verdad que todas las expresiones de la comunidad de lucha tienen/tenemos debilidades, grietas por donde entran ciertas ideologías. Es la brecha por la que se cuele la contrarrevolución. Por eso es fundamental luchar contra todas esas debilidades, contra todas las ideologías que se reproducen en nuestro terreno. No hay otra forma de librarse de la influencia de nuestro enemigo, no hay otra forma de llegar a adquirir la fuerza revolucionaria necesaria para derribar este mundo inhumano.

Las causas de las derrotas del pasado hay que buscarlas precisamente ahí, en nuestras debilidades,

en las debilidades de nuestra clase. La represión, los «traidores», el «engaño»... no son las causas por las que se sufre una derrota. No hay cosa más absurda que echarle la culpa al enemigo por ser derrotado. Es en nuestras carencias donde tenemos que ver las causas que provocaron el «engaño», la canalización, el triunfo de la contrarrevolución, la represión, la vuelta a la normalidad, el reflujo de la lucha, etcétera. Es en la falta de autonomía de clase, en la ruptura incompleta con concepciones teórico-prácticas que pertenecen y sirven al capital donde tenemos que poner el acento. Toda la experiencia acumulada en siglos de enfrentamiento, es decir, las lecciones adquiridas en las derrotas y los fracasos del pasado deben ser directrices prácticas para el presente y el futuro, deben visibilizar nuestras carencias, los errores, las ideologías, los enemigos encubiertos... Es en ese contexto en el que se inscribe la crítica que aquí hemos desarrollado. El momento que atravesamos exige hoy profundizar en la crítica al insurreccionalismo.

Lo que quiso ser una ruptura revolucionaria en una época marcada por el repliegue del proletariado, por la casi inexistencia de revueltas, época en la que el ciudadanía y la sumisión adquirieron una fuerza impresionante, es hoy, en el momento actual, donde la polarización social se abre paso, donde el

antagonismo de clases revienta de nuevo por todos lados y los prolegómenos del proceso revolucionario hacen su aparición, una ideología que destruye precisamente toda tentativa de ruptura revolucionaria y contra la que es fundamental reafirmar a todos los niveles el programa invariable de la revolución.

Ante la remergencia internacional del proletariado que se presenta en forma de explosiones sociales que retumban cada vez en más países, adquiriendo carácter permanente en algunos, ante este escenario de confrontación y de desestabilización de la paz social, la negación del sujeto revolucionario, el desprecio por la reapropiación de toda su experiencia histórica y de todo nexo con la lucha del pasado, la simplificación vulgar de las tareas a llevar a cabo por la revolución a ciertas manifestaciones de acción directa, el inmediateísmo, el voluntarismo, la negación de la insurrección como fase esencial de la lucha, el rechazo del asociacionismo del proletariado..., en definitiva, cada una de las concepciones que forman el esqueleto de la ideología insurreccionalista y que hemos ido desmenuzando y criticando, están ya jugando un peso contrarrevolucionario terrible contra la lucha proletaria que tiene que ser denunciado.

De ahí la importancia de la lucha contra esta ideología que, por otra parte, nos relaciona directamente con otros temas centrales como son la

insurrección, la dictadura del proletariado, el proceso de destrucción del capital y el Estado, el asociacionismo internacional e internacionalista, la recuperación de la experiencia histórica, la centralización de las minorías revolucionarias... La agudización de la lucha de clases está poniendo urgentemente sobre el tapete la necesidad de que nuestra clase profundice, a todos los niveles, en estos aspectos esenciales de la revolución social. Por eso llamamos e impulsamos a todos los compañeros, a toda la comunidad de lucha, a abordar conjuntamente todas estas cuestiones y problemas que nos presenta la fase actual de lucha en la que entramos y, más concretamente, a que asumamos de forma centralizada las tareas que el momento actual nos exige.

Este texto no es más que una expresión de ese proceso de centralización de diversos grupos y compañeros para luchar por la abolición del capitalismo, haciendo frente a las diversas fuerzas de nuestro enemigo. Expresa la tendencia de nuestra clase a unificarse sobre sus intereses y a enfrentarse a sus propias debilidades. Es lógico que un lector preso totalmente por la ideología insurreccionalista se sienta atacado, vea el libro obra de gente ajena a la lucha..., pero ésa es precisamente la fuerza material de la ideología, la ideología personificada. Y es contra esa fuerza que nos atrapa, que nos destruye y que

convierte la ideología en el factor que controla todo (la percepción, los textos, la comunicación...), que hace que toda la realidad pase por sus filtros, es contra esa fuerza, decíamos, contra la que arrojamos todo este material crítico.

Por supuesto todo esto es, evidentemente, una cuestión práctica y sólo en ese terreno puede realizarse. Desde la lucha y para la lucha, ése es el único marco en el que este texto, y su crítica, tiene sentido y se materializa como una arma de combate. Aislado de esa dinámica práctica que contiene, pierde todo su carácter subversivo. De ahí la importancia de que sea discutido, mejorado y fortalecido por la comunidad de lucha de la que formamos parte, que se estructure como herramienta en la lucha contra nuestro enemigo de clase y en el avance de la constitución del proletariado en clase para la abolición del terror capitalista y el surgimiento sobre sus cenizas de una verdadera comunidad humana mundial.

APÉNDICES

APÉNDICE I

ACLARACIONES COMPLEMENTARIAS

Antes de publicar este texto, se hicieron circular una serie de borradores entre compañeros de cierta cercanía a quienes dicho texto y su posible impresión podía interesar. En un tiempo donde domina totalmente el rechazo a la discusión y la crítica (autocrítica) entre compañeros, donde todo esfuerzo de reapropiación de nuestra historia y del arma de la crítica es despreciado como teoricismo, donde la «comodidad del gueto» y el movimiento por mera inercia dominan terriblemente en nuestra comunidad de lucha, se materializaron algunas discusiones que señalan la tentativa de nuestra clase por romper con esta situación sin vida y asumir la crítica compañera a pesar de las diferencias.

Sin embargo, en el desarrollo de algunas de estas discusiones pudimos comprobar que ciertas cuestiones que nosotros consideramos secundarias asumían un primer plano, marginando el meollo de la cuestión. Fue esto lo que nos convenció de la necesidad de subrayar y precisar algunas cuestiones que guían nuestras posiciones, así como el método de exposición de la crítica que en este libro presentamos, in-

cluyendo tres aspectos de esas discusiones en el presente apéndice.

1) El «tono y el lenguaje». Es un aspecto con el que nos encontramos muy frecuentemente en las discusiones y que desgraciadamente en la mayoría de las ocasiones nos desplaza de lo esencial al separar una parte de la forma (tono, lenguaje...) del contenido. En concreto algunos compañeros apuntan que la crítica, tal y como está desarrollada en el texto, puede ser hiriente e insultante para alguien que se considera insurreccionalista, provocando una actitud que no ayudaría a asumir la crítica a aquellos a los que más útil les puede ser.

Al respecto queremos precisar que cuando criticamos tal o cual ideología, cuando denunciemos tal o cual fuerza que consideramos parte del enemigo, nosotros no entramos a valorar qué es lo que pensará de ello cada proletario, qué es lo que se imagina cada uno respecto a lo que decimos. Pensamos que la crítica revolucionaria (tanto la «teórica» como la «práctica») no puede partir de esas premisas. Si no estaríamos perdidos, entraríamos en toda una gestión de sensibilidades y de formas que impedirían la cristalización de las posiciones revolucionarias. Consideramos por el contrario que las premisas son otras, son los intereses y necesidades de nuestro movimiento en todo su horizonte histórico. Por supues-

to que habrá muchos compañeros que se sientan atacados, que no comprendan que lo que estamos atacando es toda una concepción alienante de la lucha, sin embargo consideramos que por encima de todas estas cuestiones individuales e inmediatas se encuentra toda la lucha contra esas posiciones que obstaculizan nuestro avance y que parten precisamente de la misma lucha social y de la cual nuestra crítica no es más que una expresión. Claro que esto no quiere decir que no haya otras formas de materializar la crítica, de expresarse.

Por otro lado consideramos que si bien esta crítica es importante para compañeros que se hacen llamar insurreccionalistas, muchos de los cuales son expresiones muy valiosas de la lucha, tal y como remarkamos en el texto, para nada consideramos que sea sólo a ellos a los que va destinada la crítica y para los que más útil sea. Nosotros le damos un contenido social. Al igual que este material surge de la lucha de clase, no posee otro destino que nuestra clase y sus luchas, y los compañeros que se definen como insurreccionalistas representan sólo una parte de todo esto, importante por supuesto. Las discusiones que está provocando y provocará en numerosas estructuras y compañeros va más allá de los «círculos insurreccionalistas», es toda una comunidad de lucha que discute y se reapropia de su práctica, que

convierte sus errores en experiencias y directrices prácticas. La crítica teórico-práctica a la ideología asume ahí una importancia vital para todas las expresiones de la lucha.

2) El objeto del texto. Algunos compañeros han insistido que el objeto del texto, es decir, la crítica a la ideología insurreccionalista, está incompleto sin la crítica de cómo ésta se materializó. Ante todo sabemos la caricaturización y variantes que sufrieron en numerosos lados las «tesis matrices» del insurreccionalismo, sin embargo consideramos que es secundario abordar tanto esta caricaturización como las diversas variantes que asumió en la práctica pues son meras particularidades y adaptaciones de la ideología. La variantes son enormes, incluso en las mismas ciudades hubo núcleos de compañeros que se denominaban insurreccionalistas y diferían en esa plasmación práctica. Pero lo que no podemos hacer es ir una por una viendo cada variante y criticarla. Nosotros consideramos que hay que ir a la raíz, al origen, a la causa, al cuerpo conceptual del que se inicia todo, y es partiendo de una crítica de toda esa raíz como se golpea de una vez a todas sus variantes. La crítica a la ideología lleva, por lo dicho, implícita la crítica a sus diversas variantes. Pasa lo mismo con todas las demás ideologías. Por ejemplo, la crítica a la ideología politicista de la socialdemo-

cracia y sus numerosas variantes (leninismo, estalinismo, maoísmo, castrismo...). Lo importante es ir a la raíz de toda su concepción, ir a la ideología que guía su materialización. Es así como se critica el todo y como se comprende cada variante como parte de toda una unidad (la ideología), como la ideología materializada. Y esto por mucho que difieran ciertas materializaciones que no son más que adaptaciones sobre el terreno.

3) La terminología. Otra cuestión que ha sido señalada, y no sólo en las discusiones sobre este texto, sino en otras que surgen de nuestra comunidad de lucha, es la de «los términos». El lenguaje crea problemas, no sólo porque nace en una sociedad que queremos destruir y contiene todos sus límites, sino también porque la contrarrevolución ha tergiversado hasta tal punto el lenguaje que nuestra clase ha empleado en la lucha, tratando de arrebatarlos expresiones históricas de combate que hoy es una barrera. Sin embargo, no se trata de rechazar todos esos términos cargados de contenido y de luchas históricas porque la burguesía se haya apropiado de ellos. Estaríamos rechazando todo un legado y cambiando siempre los términos, lo que dificultaría el nexo con el pasado, y además la burguesía no tardaría en tergiversar cada nuevo término. En realidad es lo que el capital desearía, que cada vez empecemos de nue-

vo haciendo tabla rasa y así dificultar toda identificación de la lucha de hoy con la que hicimos ayer o hace doscientos años.

Tampoco podemos estar explicando cada término cada vez que lo utilizamos, creemos por contra que es un esfuerzo de toda la comunidad de lucha el reapropiarnos del lenguaje. De lo contrario los textos serían ilegibles pues la heterogeneidad de la comunidad de lucha requeriría explicar casi todo (clases, partido, dictadura del proletariado, centralización orgánica, comunismo, anarquía, socialismo, terrorismo revolucionario, organización, ideología, socialdemocracia, capitalismo, burguesía, revolución...). Tal como a algunos compañeros les chirrían términos como programa, centralismo orgánico... a otros les chirrían otros que a éstos les parecen de lo más usual como militancia revolucionaria, proletariado... Es toda una tarea de reapropiación colectiva. No podemos estar continuamente desmintiendo el uso que dan nuestros enemigos a cada término usado por nuestra clase. A pesar de todo, en el texto hemos puesto bastantes notas y aclaraciones.

Desde luego, los términos de nuestra clase no se definen en la forma de la lógica burguesa, no se pueden definir a modo de diccionario, simplemente en un par de líneas, ni siquiera en unas cuantas hojas. Las implicaciones que cada término tiene les hace

depender de toda una totalidad. Es como pretender definir un brazo por separado, sin comprender que forma parte de la totalidad del cuerpo y que hay que comprender ese organismo para llegar a comprender el brazo en su totalidad. De ahí que toda definición siempre sea problemática, sobre todo si es sintética pues la ventaja de la síntesis contiene otros peligros que aprovechan nuestros enemigos. Recordemos que Engels, después de décadas de que él, Marx, y todo un conjunto de compañeros estuvieran hablando de dictadura del proletariado (Bakunin incluido, pese a que la concepción de Bakunin al respecto era elitista y conspirativa), tuviera que decir ante las constantes polémicas, «Mirad la comuna de París, era la dictadura del proletariado». Pese a que no compartimos esa afirmación de Engels de lo que fue la comuna de París, sus palabras exponen mejor que nada la problemática del lenguaje y cómo trata de buscar en la práctica una definición más precisa. Recordemos también cómo la conocida frase de Marx ejemplificada en la lucha de un distrito fabril nos define mejor que nada el centralismo orgánico: «Aún cuando no se produzca más que en un único distrito industrial, una revolución social se sitúa en el punto de vista de la totalidad porque es una protesta del hombre contra la vida deshumanizada, porque parte del punto de vista de cada individuo real,

porque el ser colectivo del que el individuo se esfuerza en no permanecer separado es el verdadero ser colectivo del hombre, el ser humano».

Esperamos que estas aclaraciones complementarias faciliten un mejor manejo de la crítica que este libro contiene, tanto a los compañeros que se definen insurreccionalistas como a los que no. Alentamos también a todos ellos a contactar con nosotros para romper el terrible aislamiento que hoy sigue presente entre las minorías revolucionarias y organizar juntos la totalidad de las tareas que la lucha nos demanda.

APÉNDICE II

CRÍTICA REVOLUCIONARIA VS. SECTARISMO DOGMÁTICO

Durante el largo proceso que nos llevó concretar los diversos aspectos y niveles de la crítica al insurreccionalismo, de la cual este libro es una expresión, hubo aportaciones y críticas compañeras que nos ayudaron a mejorar diversos aspectos, también se dieron distanciamientos sanos e inevitables con otros militantes y, por desgracia, aparecieron por otra parte «críticas» cuyo eje argumental fueron la difamación y la amalgama, provocando rupturas entre compañeros, por significar un ataque a la confianza militante y a la comunidad de lucha.

En absoluto queremos darle propaganda al contenido de estas «críticas», pero sí queremos dejar claro el total antagonismo que existe entre la crítica revolucionaria y el sectarismo ideológico .

Nosotros no buscamos el aplauso de nadie, ni que los materiales que publicamos gusten más o menos a nuestra clase. Nos entristece que eso nos lleve a ser minorías en el interior de la propia militancia revolucionaria, pero nuestro objetivo es impulsar la

constitución del proletariado en clase para barrer este mundo infernal del trabajo, aniquilar todo rastro mercantil y dinamitar todos los Estados. Y sabemos que ese objetivo requiere entre otras cosas la crítica a todas las ideologías, incluida la insurreccionalista, por mucho que esa ideología no quiera reconocerse como tal. La represión o la muerte de compañeros no puede inhibir esta necesidad de la crítica. Si por eso fuera nunca se podría criticar nada, nunca sería el momento. Entre otras cosas porque eso es la regla general en nuestra vida, en la vida de los revolucionarios, es más, es la regla de la gran mayoría del proletariado. La represión, la tortura, la muerte, no es una excepción, son el contexto terrorífico bajo el que se despliega la lucha de clases, son el medio natural en el cual emerge la crítica armada y el arma de la crítica contra este mundo.

Sabemos que un texto como éste, necesario y comprometido, va a suscitar animadas discusiones en el seno de la comunidad de lucha. Lo importante es que todo ese proceso de crítica, de discusiones, se articule como parte integrante de la lucha y del proceso de fortificación del sujeto de la revolución. Los desacuerdos, las contradicciones, incluso potentes, son propias de las minorías revolucionarias y del proceso de constitución en fuerza del sujeto de la revolución.

Cuando vemos perfectamente que lo que no va a faltar en el período que estamos entrando es combatividad o valor, como ya demuestran las numerosas luchas que se reproducen por todo el mundo y como demuestran numerosos compañeros, cuando comprobamos que una de las debilidades fundamentales del período actual es la terrible falta de profundidad en la crítica revolucionaria, ante todo en la crítica compañera, la autocrítica proletaria, cuando vemos esa realidad, nos encontramos con que hay quien decide fortalecer esa debilidad al no entender el uso de la crítica, al reducirla a su lado destructivo, al no comprender que la crítica proletaria posee dos aspectos: el constructivo respecto a nuestras luchas y el destructivo respecto a nuestro enemigo.

Quede claro que nosotros ni nos disociamos ni condenamos a ningún compañero que «decide pasar al ataque». Nosotros no escupimos sobre nuestro compañero preso por haber sido acusado de poner explosivos, no escupimos sobre el compañero apresado tras el atraco a un banco y por haber liquidado a dos esbirros, no escupimos sobre el compañero que decide empuñar un fusil y cepillarse a tal o cual burgués... Confundir la defensa de los compañeros que se definen insurreccionalistas con la defensa de la ideología, o el ataque a la ideología con el ataque a los compañeros, es propio de aquél que percibe

todo por medio de la diosa ideología. A nosotros toda acción contra el capital nos parece la reacción más natural de nuestra clase frente a este mundo de mierda y siempre la reivindicaremos como expresión de la vida frente a la muerte. Por eso queremos dejar clara nuestra denuncia frente a esta metodología propia del enemigo que trata de asimilar la crítica contra la ideología insurreccionalista –o cualquier otra ideología–, con la disociación de los proletarios que pese a estar influidos por esa ideología luchan contra el capital. Esta amalgama es una maniobra que busca dividir e impedir el fortalecimiento de la comunidad de lucha.

Por otro lado nuestra concepción de la lucha nos impide hablar en los términos que algunos utilizan, tales como «compañeros que deciden pasar al ataque». En primer lugar porque nuestros compañeros están siempre atacando, de una forma u otra. Y en segundo lugar porque en lo que a la lucha se refiere, respecto a la comunidad de lucha, el «nosotros» y el «ellos» es una falsa concepción de la realidad. Bajo las lentes deformantes de la ideología algunos no ven a una clase peleando y estructurándose a diversos niveles para destruir de arriba abajo el capitalismo. Lo que ven son individuos, grupos, corrientes, ideologías que pueden solidarizarse entre sí, ser más o menos compañeros... Nosotros entendemos por el

contrario la lucha por la revolución como un movimiento de una clase que lucha en todas partes contra el mismo enemigo. La lucha y los reprimidos somos nosotros: SOMOS EL PROLETARIADO que se levanta contra la tiranía mercantil. Y somos nosotros, el proletariado, el que porta debilidades e ideologías, sí, pero también nuestra clase genera críticas a esas debilidades e ideologías. Sólo a nuestros enemigos puede interesarles que no se forjen esas críticas en el seno de la comunidad de lucha, sólo al capital puede interesar que el proletariado sea totalmente acrítico para que no se avance ni un paso en la destrucción de este mundo.

Algunos se muestran incapaces de entender en las luchas proletarias la diferencia entre la ideología como fuerza material del enemigo y la práctica de nuestra clase, identificando siempre las banderas con el movimiento. Son incapaces de comprender que la lucha proletaria contiene ideologías e influencias del enemigo –y nosotros, como proletarios, no nos libramos de estas debilidades, faltaría más– y la auto-crítica es fundamental para desprenderse de ellas. La contrarrevolución no sólo se expresa en estructuras organizadas como pueden ser los partidos y los sindicatos, sino también como fuerza ideológica que se convierte en fuerza material que atrapa a los proletarios. Pero a algunos esto le tiene sin cuidado pues

son incapaces de comprender que cuando se criticaba el peso de la ideología democrática en las luchas que se desarrollaron en el norte de África en el 2011, nadie se dissociaba de nuestras luchas en esa región, sino al contrario, estábamos en plena pelea para fortalecer esa lucha, para criticar ideologías que porta nuestra lucha y que arrastran a la transformación de ésta en conflicto interburgués; que cuando se critica la ideología gestionista no se escupe a los compañeros que enfrentándose con el capital ocupan las fábricas en las que trabajan, sino que se está actuando contra la fuerza de integración de esa lucha en la dinámica del capital; que cuando se critica la ideología insurreccionalista no se está haciendo una disociación respecto al compañero que bajo esta ideología realiza un sabotaje, ni tampoco respecto al sabotaje, se está asumiendo la lucha a la vez que se despliega una crítica a la fuerza material que representa la ideología intentando encuadrar esa expresión de lucha; y así podríamos seguir poniendo ejemplos. Sólo en la cabeza de los ideólogos existe esa separación en la verdadera comunidad de lucha en la que por un lado está el compañero que se autodenomina insurreccionalista, por otro el compañero que critica la ideología insurreccionalista, por otro el rebelde armado que ataca al Estado en el norte de África, por otro el que critica la democracia... Repe-

timos que para nosotros son expresiones de un mismo ser, de una misma práctica que se asocia y organiza en múltiples estructuras asumiendo los diversos aspectos de la lucha para la abolición del capitalismo.

Entonces insistimos una vez más, somos intransigentes frente a la ideología democrática en las luchas recientes en el norte de África y compañeros del proletario que lucha con el fusil contra el Estado en esa región, somos intransigentes frente a la ideología insurreccionalista y compañeros de los que se autodenominan insurreccionalistas y atacan realmente al capital, somos intransigentes frente al propagandismo y compañeros de los que realizan publicaciones subversivas, somos intransigentes frente al tertulianismo y compañeros de los que asumen la discusión dentro de la lucha por abolir este mundo... Y es una manera de expresar esto en la forma en que el ideólogo lo percibe, pues para nosotros todo está unido y entrelazado, y el proletariado como ser asume todo eso. La ideología no sólo concibe todo esto de forma separada, sino que justamente lo que concibe como una unidad es ideología y lucha, definiendo toda separación de estos elementos como «sutilezas dialécticas», pues no perciben diferencia alguna entre la lucha proletaria y las ideas que flotan sobre esa lucha actuando como fuerza ideológica.

Nuestra identificación con todos los que luchan contra el capital, con todos los reprimidos en esta lucha, es tajante. Al mismo tiempo, nuestra lucha intransigente contra todas las debilidades, contra todas las ideologías que buscan dominarnos es incansable, pese a quien pese.

¡Arriba los que luchan!
¡Abajo todas las sagradas familias!
¡Por la anarquía, por el comunismo!

